



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

CARNAVAL DE LOS OCHO BARRIOS DE IZTAPALAPA

Relato periodístico del Carnaval 2012

TESINA

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN**

PRESENTA:

ALBERTO LÓPEZ JIMÉNEZ

DIRECTORA DE TESINA: DRA. FRANCISCA ROBLES



CIUDAD UNIVERSITARIA, JULIO 2013.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A todas las personas de quienes recibí el apoyo para el
cierre de este ciclo, gracias.*

Orgullosamente UNAM.

Índice

Introducción	5
Capítulo 1 El Carnaval y el sentido de identidad	11
1.1. Una invitación ineludible	11
1.2. <i>Su Majestad</i> Daniela Primera	19
1.3. El taller de los sueños	22
1.4. Zeferino Cisneros, comparsero de corazón	25
1.5. Beatriz Ramírez, cronista de Iztapalapa	30
Capítulo 2. Un vistazo a la fiesta	35
2.1. Viajando al pasado	36
2.2. Un beso de “ la Güera”	38
2.3. Lo que el viento nos dejó	41
2.4. ¿Y la autoridad?	43
2.5. ¿Dónde quedó mi comparsa?	46
2.6. El campo en la ciudad	48
2.7. Héroes y temas de importación	50

Capítulo 3. Los extras del Carnaval	53
3.1. ¿Diversión o evasión?	54
3.2. Jesús Antonio, —El Carandas”	57
3.3. Protagonistas de ocasión	60
Conclusiones	65
Fuentes	69
Anexo I	72
Anexo II	73

Introducción

Hace algunos años, cuando me dirigía al trabajo, encontré en el camino un extenso congestionamiento vial sobre la calzada Ermita Iztapalapa, aproximadamente quinientos metros antes de cruzar la avenida Javier Rojo Gómez. Era algo inusual para un domingo por la tarde. Esperé pacientemente el lento avance del microbús que me llevaría a la estación del metro Taxqueña. Más adelante comenzó a escucharse el estruendo de cohetones, música en vivo y un bullicio generalizado. Luego noté que no se trataba de un bloqueo o manifestación; era un desfile de carros alegóricos y gente bailando frente a ellos.

No podía ocultar mi molestia por el inconveniente que este evento provocaba. Bajé del transporte y me dirigí caminando a la estación del metro Iztapalapa¹. Pero mi enojo se tornaba en sorpresa; hombres adultos vestidos de mujer, niñas y niños disfrazados avanzaban lenta, pero rítmicamente sobre la calzada, en la misma dirección que yo iba. Los remolques soportaban sobre sí adornos, botargas y una reina en la parte más alta. Parecía un desfile de primavera como los que se organizan en las escuelas primarias a fines de marzo.

Al llegar a mi destino vi en el periódico que la fiesta móvil que me había sorprendido esa tarde era el cierre del *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa*; así lo nombraba la nota. Reconocí que, para mí, el festejo callejero era una novedad, ya que siendo habitante de esa delegación no estaba enterado que la fiesta tuviera un nombre y menos aún que fungía como patrocinador el Gobierno del Distrito Federal.

Cuando fue tiempo de elegir un tema para esta tesina, decidí que el Carnaval era una buena opción para dar a conocer a la comunidad, a través de un relato,

¹ Para Andrés Medina las expresiones de los pueblos originarios de la Ciudad de México “resultan molestas y hasta ofensivas para muchos de sus habitantes, particularmente a una clase media que se siente cosmopolita e imita en sus costumbres la cultura que llega de los países del norte; para ellos resulta ofensivo el ruido sistemático de los cohetes, de las bandas de música y de los vehículos que forman las grandes procesiones de los pueblos originarios, las cuales se desplazan por su antiguo espacio, el cual lo recuperan simbólicamente en sus extensos y frecuentes ciclos ceremoniales”. Andrés Medina. “Pueblos antiguos, ciudad diversa. Una definición etnográfica de los pueblos originarios de la Ciudad de México”, en *Anales de Antropología*, Vol. 41, No. 2, IIA-UNAM, 2007, p.10.

aspectos interesantes de una fiesta ancestral y vistosa, pero poco conocida, incluso dentro de la propia Ciudad de México. El interés fue creciendo a medida que conocía los antecedentes, forma de organización y el ambiente alrededor del festejo barrial. El relato fue enriqueciéndose con el testimonio de los protagonistas, la observación directa y la investigación documental.

El papel del autor

El presente trabajo sienta sus bases en la investigación documental y testimonial de personas que conocen el tema, así como en los relatos de los mismos protagonistas de la manifestación cultural denominada *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa*. No se trata de un solo relato, sino una serie de ellos, en donde el narrador ausente, de acuerdo a la doctora Francisca Robles, cumple una función *biográfica*, por ser un relato sobre algunos aspectos de la vida de un personaje, y *referencial*, porque recurre a relatos ajenos que les sucedieron a otros personajes y él (narrador) únicamente los ordena en secuencia cronológica o bien organiza temáticamente.²

Sin embargo, en algunos de los subtemas presentados en este trabajo el narrador también juega un papel como investigador que participa en el relato, tanto a nivel *protagónico* como en el de *mediador*. Protagónico, porque la historia y el relato giran en torno a él; mediador, ya que alterna su presencia con el protagonista, pero es únicamente como intermediario para conocer la historia de otro.³

El Carnaval, siendo un acontecimiento que en los medios locales pudo tener el tratamiento de una nota periodística en la sección cultural o metropolitana — incluso en la policíaca, debido a los incidentes que a veces se presentan—, he querido presentarlo en una forma narrativa propia del relato periodístico, pero con pasajes característicos del periodismo informativo de creación. Se trata, pues, de difundir un acontecimiento real con entrevistas a personas reales, procurando

² Francisca Robles. *El relato periodístico testimonial: perspectivas para su análisis*, tesis de maestría, FCPyS-UNAM, México, 2006, pp. 147-148.

³ *Ibid.*, p. 114.

llevar a la práctica un estilo que proponga y despierte el interés del lector.

Para Lourdes Romero, el relato periodístico —~~pa~~ de un hecho noticioso para reconstruirlo en su contexto, es decir, en su ambiente, con sus circunstancias, interrelacionando el hecho con los elementos de su entorno, del cual forman parte sus antecedentes y consecuencias”.⁴

Respecto a las similitudes y diferencias entre literatura y periodismo, Alberto Dallal señala: —~~ha~~ obras periodísticas que trascienden, superan sus propias funciones y géneros para insertarse en la literatura [...] la contrapartida también es una realidad: textos de literatos [...] que en la actualidad guían y muestran el camino al periodista profesional”.⁵

Así, la razón para allegarse de herramientas inherentes a la literatura en la elaboración de un trabajo primordialmente periodístico es invitar a que el lector conozca un evento *cultural*, prescindiendo en la medida de lo posible de la formalidad que comúnmente acompaña a ese término. En este sentido, la sensibilidad del autor del relato no es la motivación principal del trabajo; en cambio podría lograrse una presentación atractiva del acontecimiento, como una consecuencia de experimentar con variadas formas narrativas en la transmisión del mensaje, como lo es la crónica, la entrevista y el reportaje.

El Carnaval

Los documentos y testimonios que se tienen para elaborar un informe creíble sobre el origen de las fiestas carnalescas en México parecen insuficientes, pues ni los cronistas más avezados en el tema establecen siquiera una fecha probable del inicio del Carnaval. Sánchez Reyes y Charles Gibson, citados por Cristina Oehmichen⁶, ubican la festividad en los ritos prehispánicos de la fertilidad, transformada para la época de la Colonia en la —~~da~~za de los huehuenches”, que

⁴ Lourdes Romero. *La realidad construida en el periodismo. Reflexiones teóricas*, Porrúa, México, 2006, p.27.

⁵ Alberto Dallal. *Lenguajes periodísticos*. UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 2003, 2ª ed., p. 165.

⁶ Cristina Oehmichen (et. al.). *Iztapalapa: ritual, cultura y cambio social*, vol. IV, núm. 14, México, 1992, p. 36.

tenía lugar en los poblados de Iztacalco, Iztapalapa y Mexicalcingo.

Para 1679 el Santo Oficio emitió un edicto que prohibía a los seculares vestirse de religiosos durante los carnavales. Ya desde entonces era costumbre que los hombres se vistieran de mujer, llegando la censura para tal atrevimiento con la publicación de un edicto en 1731, castigando con 200 azotes a quien osara contravenirlo.

En cuanto al término *carnaval*, Beatriz Ramírez⁷, cronista de Iztapalapa, ubica su origen en la antigua cultura griega y romana con las festividades dedicadas a Dionisio, Dios del vino, que era transportado en un artefacto rodante llamado *carrus navalla* (carro naval), derivando después en la palabra *carnaval*. Asimismo, en Egipto, este tipo de festejos se relaciona con la veneración a la Diosa Isis, de la maternidad y la fertilidad.

A su vez, el diccionario de la Real Academia Española menciona que el término proviene del italiano *carnevale*, —~~pal~~ología del antiguo *carnelevare*, de *carne*, carne, y *levare*, quitar [...] Los tres días que preceden al comienzo de la Cuaresma [...] Fiesta popular que se celebra en tales días, y consiste en mascaradas, comparsas, bailes y otros regocijos bulliciosos.”⁸

El origen más cercano a lo que hoy es el Carnaval en Iztapalapa se sitúa en la década de los años cuarenta del siglo pasado. Testimonios de personas que vieron el nacimiento de esta festividad así lo confirman. Empezó como una forma de diversión dentro del barrio, con alegres danzas y entusiastas participantes luciendo sus máscaras de cera. Posteriormente se incorporaron nuevas cuadrillas (hoy comparsas) en los diferentes barrios y pueblos. Con el tiempo, la vestimenta fue creciendo en variedad, nombrándose *chichinas*, a cualquier otro disfraz diferente al de la máscara de cera.

⁷ Beatriz Ramírez, *El carnaval en Iztapalapa*, [en línea], (Febrero 2010), Disponible: <http://ciudadanosenred.com.mx/articulos/el-carnaval-en-iztapalapa>, [consulta 12 de abril de 2012].

⁸ Real Academia Española, [en línea], (2001), *Diccionario de la lengua española*, 22^a ed., Disponible: <http://www.rae.es/rae.html>, [consulta: 12 de abril de 2012].

Los barrios

Iztapalapa, la delegación política más poblada del Distrito Federal, alberga los ocho barrios originarios, a cuya festividad del Carnaval se dirige el presente trabajo. Adoptados por la influencia de la fe católica, sus nombres son: San Ignacio, San Pablo, La Asunción, San Lucas, Santa Bárbara, San Miguel, San Pedro y San José.

La cercanía física entre ellos facilita la celebración anual del Carnaval. Ubicados en las faldas del cerro Huizachtépetl (mejor conocido como Cerro de la Estrella), los ocho barrios originarios de Iztapalapa han recibido el impulso por parte de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal y de la propia delegación para llevar a cabo esta festividad anual, previa a la representación de *La Pasión de Cristo*.

Pero no todo es fiesta, recogimiento y tradiciones. En los ocho barrios de Iztapalapa, así como en numerosas colonias populares del Distrito Federal y del país, la problemática social de violencia y marginación está presente. No obstante, entre sus habitantes surge en las celebraciones paganas o religiosas una especie de apasionamiento en lo que se refiere a la conservación de sus tradiciones ancestrales. Se mantienen unidos para los festejos, sin olvidar que deben competir para presumir el carro alegórico más vistoso y original, así como la comparsa más ruidosa, rítmica y con mejor indumentaria.

El significado de *barrio* va más allá del espacio físico en el que se ubica; es decir, lleva implícito el componente inmaterial llamado *identidad*, entendida como el conjunto de características propias de una persona o grupo de ellas, que las distingue frente a los demás. En esta zona de la capital del país, escribe Oehmichen, —es preciso considerar que la permanencia de la tradición es también un proceso de resistencia cultural a los procesos de urbanización”.⁹

De esta forma, los habitantes de los barrios —en medio de los problemas

⁹ Cristina Oehmichen. *op. cit.*, p. 40.

colectivos que les aquejan, como la insuficiencia en servicios de salud, inseguridad, transporte público deficiente, falta de oportunidades de desarrollo, etcétera— celebran con júbilo o con gran devoción, según sea el caso, las fiestas y los días santos, reforzando el sentido de pertenencia del cual se sienten orgullosos.

Este trabajo consta de tres capítulos. El primero, —El Carnaval y el sentido de identidad”, nos sugiere una explicación del sentimiento de arraigo hacia esta singular tradición. El segundo, —Un vistazo a la fiesta”, invita a vivir el ambiente de carnaval, evocando de paso sus posibles orígenes y su evolución. En el tercer capítulo, —Los extras del Carnaval”, hacen su aparición personajes que mueven a la reflexión acerca de los motivos del barrio para la diversión, así como otros actores involuntarios captados en medio de la fiesta.



Máscaras de cera.

Fuente: Alberto López Jiménez.

Capítulo 1. El Carnaval y el sentido de identidad

Carnaval de mi barrio, donde todo es amor,

Cascabeles de risa, matizando el dolor.

(Luis Rubinstein. Fragmento del tango *Carnaval de mi barrio*)

Los siguientes testimonios muestran el apego que tienen los habitantes de los ocho barrios del Centro Histórico de Iztapalapa hacia sus costumbres ancestrales. Las comparsas y sus danzantes, los carros alegóricos y sus ornamentos, el barrio con sus nativos y visitantes exponen abiertamente —para ser descubiertos a través de estos relatos— su forma original de vivir, sentir y disfrutar el Carnaval.

En el presente capítulo se ilustra el sentido de pertenencia al barrio, con base en el testimonio del aspirante a comparsero Rubén Benítez. Se muestran asimismo los preparativos para el desfile de la reina de la comparsa *Santa Bárbara*, Daniela Primera. También se incluye el testimonio de la confeccionista especializada en disfraces, Peche Hernández y su creatividad. Finalmente, Zeferino Cisneros, presidente de la Asociación de Comparsas del Carnaval y la cronista de Iztapalapa, Beatriz Ramírez, dan su punto de vista respecto al presente, pasado y futuro de la tradicional fiesta.

1.1. Una invitación ineludible.

El que de su casa se aleja,

No la encuentra como la deja.

(Refrán popular)

En el *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa* los más viejos todavía le llaman *cuadrilla* a lo que en la actualidad se le conoce con el nombre de *comparsa*; término que internacionalmente se aplica al grupo de baile que compite en un carnaval por el primer lugar en coreografía, vestuario y originalidad.

En la víspera de la fiesta, uno de los protagonistas del evento, Rubén Benítez, comparte conmigo momentos importantes que recrean su decisión de tomar parte en el festejo barrial; también nos participa del reencuentro con su ex novia; y para rematar, la emotiva conversación con su padre enfermo.

La comparsa *Callejón 57* del barrio San Pedro es una de las más tradicionales. En ella participan sólo hombres; unos vestidos de catrín (con su respectiva máscara de cera) y otros convertidos temporalmente en apasionadas bailarinas con peculiar atuendo: pelucas, diademas, aretes, zapatillas y abundante maquillaje.

Dejemos ahora que los personajes cobren vida.

— Un ambiente de fiesta como el de mi barrio no lo he sentido en ningún otro lado; por más que he tratado de encontrar en el *gabacho* algo, ya no digamos familiar, siquiera lejanamente parecido, no, definitivamente no lo hay. Don Juan Carlos, encargado de la comparsa del barrio, me lo había advertido hace un año: —Ma, Rubén, si me vuelves a fallar, mejor bórrame de tu lista de amigos”. Palabras más, palabras menos. No le bastó verme desesperado por conseguir el dinero para echar el colado a la casa, porque mi papá, por lo mismo de su edad avanzada, ya no aguanta un invierno más sin la protección de una casa hecha como Dios manda. Se lo expliqué no sé cuántas veces; fue inútil, para él importa más el Carnaval que ninguna otra cosa, y no existe razón de suficiente peso para desairar una invitación suya a formar parte de la comparsa. Me dijo que el tesorero ya le había entregado las cuentas de los gastos y que la reina ya estaba lista para lucir sus encantos y su vestuario, pero le faltaba el *cajero* (capitán de la cuadrilla; es quien da las órdenes con el bastón de mando para cambiar de baile)¹⁰. Primero está mi padre, le respondí.

Rubén Benítez, es un vivo ejemplo del arraigo a las costumbres del barrio. Desea participar en la comparsa a pesar de saber que en poco tiempo volverá a dejar su tierra, porque buscará trabajo en donde gane lo suficiente para atender los gastos de la casa. Partirá nuevamente a los Estados Unidos de América, tierra de esperanza —para muchos paisanos convertida en sueño diluido por la decepción y la nostalgia—. Sin embargo, antes de dejar el hogar donde vive junto a su padre y dos hermanos menores, quiere cumplir la voluntad de su papá; encabezar la cuadrilla.

¹⁰ Calixto Rosas Vázquez, “Santa Martha Acatitla: días de flor”, en *Iztapalapa en mi corazón*, UAM-I, México, 2001, pp. 83-84.

Después de un rato de escuchar los golpes en la puerta, Juan Carlos abre con brusquedad. Quizá ya había advertido que se trataba de Rubén, pero quiso alargar la espera para probar la paciencia del joven.

— ¿Qué pasó, cuándo regresaste, Rubén? ¿Ya juntaste para la losa de tu casa?

— Buenas noches, don. Llegué en la mañana, ¿no me invita a pasar?

— Pues ya iba a poner el candado pero si va para largo la plática, pues, pásale.

— No, don, mejor desde aquí. Nada más venía, bueno, vengo a preguntarle si todavía hay lugar para entrarle a la comparsa ahora que ya viene el Carnaval.

— ¿Ahora si nos vas a hacer el favor?

— El favor se lo vengo a pedir yo. Quiero disculparme por no despedirme de usted hace un año, cuando me fui al otro lado; es que lo noté muy molesto por no entrarle a la comparsa.

— Sí, sí, ya sé, te fuiste a ganar una buena lana allá, en el otro lado, ¿no?

— No lo tome así, don; lo dice como si me hubiera ido por gusto. Usted sabe que nadie... bueno, por lo menos yo, no me voy para allá nomás porque sí. Me urgía ese dinero para mi jefe.

— Pues perdóname, mi chavo, pero ya estamos completos. El bastón de mando se lo di a mi hijo. Ya ves que lo estuve guardando para ti, pero pues así es esto, qué le vamos a hacer. Cada quien tiene sus prioridades, tú prefieres otras cosas; nada más que yo tengo el compromiso de sacar adelante la cuadrilla. Tiene que salir mejor que en otros años. Ni modo que le salga a mi hijo con que -dice mi mamá que siempre no”, porque ya regresaste.

— No pues sí, yo lo entiendo, don Juan Carlos. Usted sabe que en otros años no podía porque trabajaba todos los días, y los sábados estaba yendo a clases para terminar mi prepa.

— Ajá, y por las noches andabas de noviecito con mi niña, ¿no?

— Su hija y yo no éramos más que amigos, don, no me haga sentir mal. Se lo juro, si quiere pregúnteselo a ella.

— Nada más eso faltaba, ¿tú qué crees que me va a decir? —Spapá, éramos amigos”. No inventes, sé bien que andaban por la calle agarraditos de la mano, todo mundo los vio. Pero bueno, eso ni lo vamos a discutir, porque no sé si ya te enteraste, pero para fin de año mi Mariela se me casa.

— No sabía nada, pero me da gusto por ella.

— Bueno, pues ahí luego te la mando felicitar.

— Gracias, don.

— ¿Algo más en qué te pueda servir, mi chavo?

— Una última cosa.

— Te escucho.

— Deme chance de salir aunque sea de mujer. No es por mí, es por mi papá. Fíjese que está enfermo y ya con trabajos puede caminar; se cansa rápido y hasta tiene que usar bastón; muy pronto creo que hasta silla de ruedas le voy a comprar. Me ha estado insistiendo que quiere verme en el Carnaval. Se lo pido por él, don, quién sabe si para el próximo año lo tengamos todavía con nosotros.

— ¡Ah, caray! no sabía eso. Con razón casi ya no sale. Lo siento mucho por ti y por don Chano, porque mi papá y él fueron muy amigos de jóvenes. Nada más déjame aclararte una cosa, canijo, no vuelvas a decir —aunque sea de mujer”; aquí todos los que participan lo hacen con orgullo y con respeto; todo papel es digno. Tú sabes que es un honor tomar parte en la cuadrilla, pero vestirse de mujer tiene su dificultad: bailar con tacones, aguantar el maquillaje y la peluca en el rayo del sol, aparte, deben andar muy sonrientes, ¿eh? La ventaja de salir de catrín es que la máscara no deja ver al público si andan cansados o de mal humor.

— Perdóneme, don, ¿o sea que sí me va a dar chance de salir de mujer?

— ¿Tú qué crees? Pero no me vayas a fallar, porque ahora sí no te la acabas. No se te vaya a ocurrir jugar con el honor del barrio ni empeñar tu palabra en vano.

— No, cómo cree, ¿puedo empezar a practicar mañana?

— Para luego es tarde. Acuérdate que esto es cansado, ¿eh? Y si no traes condición, te me puedes desmayar.

— No hay bronca, mañana mismo empiezo. Y gracias, don. Es por darle gusto a mi jefe.

— Y por el barrio, no se te olvide.

El encargado de la comparsa *Callejón 57* del barrio San Pedro, Juan Carlos Jiménez, pone el candado al zaguán y, alejándose rumbo a la puerta interior, va silbando *Los Lanceros*, tema tradicional de toda cuadrilla, e indispensable en muchas otras fiestas de pueblo. Toma el crayón que está junto a una hoja de papel sobre la mesa, palomea el nombre del que andaba ausente y regresó para cumplir con la invitación ineludible de pertenecer a la comparsa. Las parejas están completas —le dice a su hija Mariela—.

La tarde del día siguiente Rubén Benítez baila, brinca, va y viene, da vueltas junto a los demás comparseros en el patio de la casa de Juan Carlos. No se requiere gran destreza ni mucha memoria para dar forma a la coreografía; únicamente seguir el ritmo de la música, que en este caso no es viva; proviene de un mini componente que se escucha a través de la ventana de la sala, por donde Mariela se asoma de vez en cuando, ya para ofrecerles agua de limón, ya para preguntar si repite la pieza.

Rubén nunca imaginó lo que sentiría al ver a Mariela sosteniendo con ambas manos y en todo lo alto la charola con una jarra de agua y vasos desechables apilados. Corre a recibirla para ayudar con la carga. Joel, hermano de Mariela, sigue con la mirada al joven recién aceptado en la comparsa y llama a descansar.

— ¡A ver, aquí Rubencito ya tiene sed, vamos a pararle un rato!

Todos se amontonan en torno a la mesa donde se acaba de colocar el agua. Mariela y Rubén, apartándose un poco de los demás, encuentran sus miradas.

— Hola, Mary, ¿cómo estás?

— Bien, ¿y tú?

— Pues ya ves, aquí, echándole ganas para darle gusto a mi papá. Es que quiere verme en la comparsa.

— ¿Entonces, no es por gusto tuyo?

— No, sí, sí. Pero le decía a tu papá que mi jefe está muy sensible. Hasta siento como que se está despidiendo. Me pide cosas muy raras; que quiere ver a mis tíos, que lo lleve a la iglesia, que salga yo en la cuadrilla, y otras cosas.

— No, pues, pobre de don Chano. Ya me contó mi papá, ha de querer que lo consientan, ¿no?

— Pues yo creo. Lo malo es me voy otra vez al *gabacho*.

— ¿A qué te vas tanto, oye? Tu papá te necesita más aquí.

— Pues sí, pero ya ves cómo está la cosa por acá; no hay chamba y donde sí hay, te pagan bien poco.

— Sí, pero tus hermanitos se están desbocando y tu papá ya no los puede controlar. ¡Hace cada coraje! De veras, dan ganas de voltearles una cachetada.

— Ya hablé con esos dos; ya les dije que si siguen así, mejor que se pongan a chambear.

— Pues piénsalo bien, Rubén.

— Yo creo nada más me voy un año, porque allá no andan muy bien las cosas; bajó mucho el trabajo, unos días sí hay y otros no.

— Pues aquí no ganarás mucho, pero estás con tu gente y cuidas a tu familia, ¿de

qué te sirve traer dinero si no los puedes cuidar?

— Sí, tienes razón, es la última vez que me voy. Oye, ¿es cierto que te vas a casar?

— Ajá, ¿quién te dijo?

— Quién crees, tu papá. Le anduvieron con chismes de que andábamos. Lo vi medio molesto por eso.

— No le hagas caso, así le hace para espantarme a los novios.

— Pero a éste que ahora tienes ya no lo pudo espantar, ¿verdad?

Mariela ríe y Rubén también, aunque sin muchas ganas. Joel llama a los danzantes para continuar y pide a su hermana que repita la pieza.

— ¡Atención, señoritas! pónganse sus zapatillas, para que sientan lo que es bueno, a ver cuánto aguantan. Acuérdense que este asunto no es de quién las mueve más, sino quién aguanta el trote. Nada de usar tenis porque ya se cansaron, ¿eh?

Días después, en la casa de don Chano, un albañil hace la mezcla; otros dos suben y bajan tambos alcoholeros que utilizan para echar la losa. Rubén y su padre observan desde la sombra de un árbol de durazno, en el centro del patio. El hijo trae puestas sandalias, y en los dedos de los pies, cintas adhesivas cubren las ampollas; son las huellas que dejó el baile del domingo pasado. El papá, sentado en una silla plegable se cubre con una chamarra, aunque no hace frío, usa pantuflas, y no es hora de dormir.

— Bueno, hijo, ¿te vas a quedar unos días más?

— Nomás que acabe el Carnaval, jefe, ¿por qué?

— Para que me acompañes a cobrar mi pensión. Estos chamacos luego ya no quieren ayudarme.

— Ya hablé con mis hermanos, dígales que le ayuden, usted ya no puede andar para todos lados solo. Ahí le encargo, jefe, que si reprueban, aunque sea una materia, ahora sí que se pongan a trabajar, y si no quieren, usted me llama y yo los vengo a sacar a patadas. Ya estuvo bueno de estarlos aguantando. Nada más estoy unos meses por allá y me regreso, para las otras fiestas espero tener ya una chamba por acá.

— ¿Y la novia que tenías, qué?

— No, jefe, eso ya fue. Ella se va a casar a fines de año, creo.

— Pues ya ve pensando en ti, hijo. Al rato que yo me muera tus hermanos se van a quedar con la casa y ve tú a saber a qué gente vayan a meter.

— No se preocupe por eso. Ya le digo, nada más junto una lanita para aguantar, por si tardo en encontrar chamba aquí.

Rubén volteo a ver a su padre después de una larga pausa sin hablar. Don Chano llora; enjuga sus lágrimas discretamente con los dedos pulgares. El ruido de la pala raspando el pavimento no permite percibir el sollozo. Rubén pone sus manos sobre los hombros del viejo, quien aclara la voz.

— A tu mamá le hubiera gustado ver la casa terminada, pero ni modo. Dios sabe por qué se la llevó. Ahorita ya nada más nos toca encaminar a tus hermanos. Yo sé que tú te las sabes arreglar solo, pero ellos no, ya ves cómo son; creen que todo es fácil y no le echan ganas a la escuela.

— Ya, jefe, ya, no se me vaya a poner mal. Vamos para adentro, que ya está soplando fuerte el viento.

A lo lejos se escuchan tambores y trompetas de una comparsa. Seguramente van presumiendo música y vestuario, al igual que la resistencia de sus hombres, bailando sobre tacones de mujer, en un día más de Carnaval en Iztapalapa.



Integrante de comparsa vestido de mujer.

Fuente: Alberto López Jiménez.



Botarga confeccionada en taller artesanal.

Fuente: Staff de fotógrafos de la delegación Iztapalapa.

1.2. *Su Majestad Daniela Primera.*

Cada quien se pone la corona que se labra.

(Refrán popular)

Santa Bárbara, comparsa del barrio del mismo nombre, eligió a Daniela Primera como su reina para el *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa*. La soberana confía que el armazón bajo el trono resistirá el ajetreo a su paso por las calles de los ocho barrios, el domingo 25 de marzo, día del cierre del Carnaval; cita en la que se pondrán a prueba personas y disfraces, carros y materiales de ornato.

El calendario que marca la participación de las 20 comparsas aceptadas este año, fue convenido entre las autoridades delegacionales y la Asociación de Comparsas de los Ocho Barrios de Iztapalapa, la cual preside Zeferino Cisneros González¹¹. Para planear el recorrido de las agrupaciones se procura afectar lo menos posible

¹¹ S/autor, Sala de prensa, “Comparsas de los ocho barrios en el carnaval de Iztapalapa”, [en línea], Boletín 067-12, (Febrero 2012), Disponible: <http://www.cultura.df.gob.mx/index.php/sala-de-prensa/boletines/6207-067-12>, [consulta: 7 de Abril de 2012].

el tránsito de personas y vehículos, que es muy intenso en días laborales. No obstante las precauciones, siempre se presentan quejas, sobre todo de personas ajenas al barrio, quienes encuentran bloqueadas las calles y llegan tarde a su destino. Ese es el precio a pagar por vivir en esta ciudad que ha devorado a los pueblos originarios, cubriéndolos, con todo y sus festividades, entre grandes edificios, segundos pisos, ejes viales y estaciones del metro.

Pero a Daniela Primera lo único que le preocupa, por el momento, es que llueva durante el recorrido del carro alegórico. El paraguas, bellamente adornado con florido encaje, la protegerá de un posible chubasco, pero el cartón con el que están hechos los caballos, el papel que adorna las palmeras artificiales, ese sí corre peligro de arruinarse al contacto con el agua.

Es requisito para ser reina de la comparsa llevar una vida sana, y Daniela Primera, a sus 17 años, cumple la exigencia cabalmente; estudia el segundo año de preparatoria, tiene un buen comportamiento con sus parientes y procura participar en todos los festejos del barrio, no solamente aquellos que demandan bailar y poner ambiente, sino también en otros que exigen cierto sacrificio; como ayudar a su mamá, preparando los alimentos para los danzantes y músicos que acompañan a la comparsa.

La noche del 25 de febrero, un día antes a su primera aparición en público, todo está listo en el barrio Santa Bárbara. En unas horas la reina hará un pequeño recorrido por las calles del barrio para saludar a sus súbditos. Mientras eso sucede, Daniela Primera pone a prueba una vez más la calidad de su trono, saluda con la mano derecha a un público imaginario, en la izquierda lleva con firmeza su cetro. A un lado descansa el artesanal paraguas, esperando ser útil como sombrilla y no como impermeable.

Después de un rato se reclina sobre el trono de terciopelo dorado y recuerda todo lo que ha tenido que pasar para llegar a este momento. Desde hace un año su lugar estaba casi asegurado. Las intrigas de que fue objeto por parte de quien ella creía su mejor amiga, fueron tragos amargos. La reina también revive los reclamos

de su padre y hermanos, en contraste con el apoyo de su madre; quien siempre confió en su *bebé* —como ha llamado a Daniela desde sus primeros días—.

La soberana e Iván se hicieron novios después de una larga relación de amistad, que comenzó cuando ambos cursaban el cuarto año de primaria. Elisa, amiga de Dany —tal como se le conoce en el barrio— empezó a insinuar que Iván daba signos de estar engañándola. Cuando no decía que lo había visto salir de alguna fiesta con otra joven, le sugería revisar los mensajes de su teléfono celular o seguirlo desde lejos cuando él sacara a pasear a su perro.

Como Daniela decidió no hacer caso a los chismes, Elisa intentó boicotear su nominación como futura reina de la comparsa, haciendo creer a los amigos en común que en la preparatoria Dany andaba de novia con uno y con otro al mismo tiempo; que ella misma la había visto cometer semejante inmoralidad, y que por ello no merecía ser coronada reina.

Algunos dudaron de Dany, pero su madre no. Al final, las mentiras cayeron por su propio peso, cuando Iván confesó que la intriga contra Daniela se debió a que la supuesta amiga lo quería como novio para ella misma. Aclarado el malentendido Elisa se recluyó en casa; se asomaba sólo para lo indispensable, en vez de disculparse o dar una explicación por el embrollo que armó, y que estuvo a punto de quitarle el cetro a la futura soberana.

Daniela no le guarda rencor a Elisa; piensa que ya tuvo suficiente castigo con el descrédito de todo el barrio. Le duele que el cariño entre ambas haya terminado de manera tan infame. Tal vez durante el Carnaval, la ex amiga decida salir por fin de su aislamiento, para comenzar a trabajar en el restablecimiento de su reputación. Daniela Primera recuerda todo esto y suspira; primero por lo ocurrido; segundo, porque acaba de ver que se acerca Iván; personaje principal en la reconstrucción mental del injusto suceso, y potencial protagonista en la vida futura de *Su Majestad*.

¿Qué hace falta para que la reina y demás protagonistas brillen en el Carnaval?

1.3. El taller de los sueños

Todo auténtico que hacer creativo no es en realidad, obra del hombre solamente.

El ejercicio de todo arte o artesanía parte del corazón.

(Carl Gustav Jung, psiquiatra, psicólogo y ensayista suizo)

Peche Hernández, costurera autodidacta de los barrios de Iztapalapa, ha confeccionado decenas de disfraces que a lo largo de quince años han lucido los tradicionales catrines, reinas y charros. Es también *coautora* de diversos personajes ajenos a la cultura local, pero igualmente vistosos, como el de Aladino, Garfield, Capitán América, Cenicienta, etcétera. A todos les dedica el mismo empeño, porque dice que si un cliente queda satisfecho, éste la recomienda con otro, y así se va corriendo la voz. El éxito de esta dedicada modista se debe en buena medida a la fama de boca en boca dentro y fuera del barrio; ejemplo de comunicación en cadena, que ha servido para difundir la tradición del Carnaval a las nuevas generaciones.

La actividad que realiza doña Peche dista mucho del papel que jugaba la mujer cuando se organizaban las primeras comparsas, en la primera mitad del siglo veinte. Entonces estaba prohibida la participación de las mujeres en distintos ámbitos de la vida social, entre ellos, los bailes en las cuadrillas; aunque algunas veces se les permitía tomar parte, siempre y cuando usaran antifaz, pues era mal visto que las damas pudieran divertirse en convivencia con los hombres.



Peche Hernández en su taller.

Fuente: Staff de fotógrafos de la delegación Iztapalapa.

Hoy es distinto, Peche Hernández, al igual que otras mujeres en el barrio, trabaja y contribuye con el ingreso familiar. Al mismo tiempo considera un honor apoyar, con su labor de confeccionista, a preservar la tradición del Carnaval. Y aunque el pequeño taller familiar está abierto todo el año, es en vísperas de estas fiestas cuando más trabajo se acumula. Las hábiles manos de Peche pueden dar forma a un sencillo disfraz de bruja o de rey mago, también se las arreglan para crear una complicada botarga de Don Gato o del Fauno, así varían también los precios de sus productos, que van desde mil quinientos hasta los diez mil pesos. En estos barrios de profundas raíces culturales y gran apego a las fiestas, la gente gasta eso y más. Bien se conoce en la región que para eso de las fiestas, los iztapalapenses se pintan solos.

Tres personas más trabajan en el taller de la señora Peche. La especialidad de la casa son los bordados en sombreros, chaquetas y botas de charro. Ante tal derroche de habilidad adquirida con la práctica y los años, cualquier otro disfraz es pan comido. En ocasiones el cliente ya trae consigo el boceto cuando acude a la pequeña fábrica de disfraces y botargas, pero si fuera el caso que la idea sólo se tiene en la cabeza, entonces doña Peche y compañía hacen sugerencias de acuerdo al gusto y presupuesto del comprador. Lo importante es llegar a un buen arreglo en el precio —dice orgullosa doña Peche— porque en los años dedicados al negocio, jamás ha habido un cliente insatisfecho.

Las críticas a los trabajos que se realizan en este taller de los sueños no se hacen esperar; provienen sobre todo de la competencia. Por el barrio de vez en cuando surge el comentario de que la pequeña fábrica destruye la tradición de los disfraces originarios, como son los trajes de charro, de catrín y las máscaras de cera. Sin embargo, Peche está segura que la tradición nace en el barrio; sus habitantes no hacen más que poner al día los disfraces. La gente que paga por mi trabajo es la misma que disfruta del Carnaval —sentencia convencida doña Peche—.

El taller artesanal, sin razón social, tiene en la pequeña recepción fotografías enmarcadas de comparseros adultos y niños, cuadros con máscaras barbadas, sombreros de bombín o de charro en los percheros, zapatos bien lustrados y botas

con detalles bordados que descansan sobre repisas. Peche no lo dice, pero este muestrario podría delatar su preferencia por los disfraces tradicionales. Sobre el escritorio, en cambio, descansa un álbum con recortes enmicados de historietas, revistas y bocetos de diversos personajes. Al cerrarse podríamos imaginar que en medio se libran las más feroces batallas entre los héroes y villanos ahí exhibidos, y que interrumpen las hostilidades únicamente para mostrar su mejor cara, cuando el eventual cliente toma el muestrario en sus manos y lo abre.

El temor más grande para Peche Hernández no es la falta de ventas o la envidia de la competencia. Cuenta que el año pasado llegó la policía al tianguis que se instala junto al mercado delegacional, llevándose piñatas con la forma del Hombre Araña, porque supuestamente había una denuncia por piratería (violación a la Ley de la Propiedad Industrial). No es por lo que se hayan llevado —dice molesta—. ¡Figúrese! Uno busca el sustento de la familia, y resulta que para el gobierno nosotros somos delincuentes, ¡No se vale!

Dejamos a doña Peche trabajar, sentada frente a su máquina de coser, entre retazos de tela, bocetos, fotografías, trabajos ya terminados y la anécdota compartida, que la inquietó tan sólo al recordarla.



Bordando sobre bota de charro.

Fuente: Staff de fotógrafos de la delegación Iztapalapa.

1.4. Zeferino Cisneros, comparsero de corazón

*Cada comparsa es libre de usar los disfraces que guste;
lo que importa es no perder la tradición de estar en el Carnaval.*
(Zeferino Cisneros, decano de las comparsas en Iztapalapa)

Entusiasta y participativo, Zeferino Cisneros González, mejor conocido en el barrio como don Zefe, abre las puertas de su casa para contar cómo surgió la *Noche Buena*, comparsa que él dirige, perteneciente al barrio San Miguel. El anfitrión también es presidente de la Asociación de Comparsas del *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa*. Su padre fue uno de los comparseros que iniciaron esta tradición en la forma como actualmente la conocemos. Amablemente me invita a pasar. Luego de un fuerte apretón de manos, cruzamos el largo patio, al final del cual señala una banca para sentarnos. Ahí comienza la entrevista con un hombre que, orgulloso, cuenta detalles significativos de su vida como comparsero. Pero dejo aquí la voz de Zeferino para mejor entendimiento del significado que tiene para la gente originaria, la conservación de sus tradiciones.

— Las cuadrillas (o comparsas) en Iztapalapa tienen aproximadamente setenta años. Le voy a hablar de lo que yo me acuerdo, cuando mi papá empezó a usar la víbora de madera en la calle, y que después se llegó a ser el bastón de mando. Este palo ondulado es el símbolo de nuestra comparsa, que se llama *Noche Buena*. Unos peones encontraron la raíz medio enterrada y mi papá se las pidió para conservarla. Mi papá la mandó labrar con un carpintero, yo tenía siete años, ya tengo 78, ¡así es que, imagínese! Déjeme ir por ella para que la vea.

Regresa con el bastón de mando que utiliza el *cajero* para el cambio de pieza musical en la cuadrilla. Muestra la víbora de palo, como él la llama, y accede a posar para la cámara cargándola entre sus manos. Luego, tomo la reliquia con sumo cuidado para asir, aunque sea por un momento, algo de la historia de Iztapalapa. Después la coloco entre la banca y la pared para continuar con la plática.

— Yo veía a mi padre que salía a la calle, pero no bailaba todavía, hacía payasadas con su víbora él solo, pero ya en cierto tiempo llamó a otra persona, un señor de nombre Trinidad Cabrera, para que se encargara de organizar la cuadrilla de una manera más seria; él duró seis años. Después vino otro señor de apellido Valle, la tuvo dos años, y otro, que vive todavía, el señor Osorio, dos años más.

Hubo un tiempo en el que se estaba perdiendo la tradición porque cuando alguien del barrio moría se le guardaba luto, pero yo le dije al ahijado de mis papás que retomáramos la cuadrilla entre los dos. Esto que le estoy diciendo pasó cuando yo no era casado todavía, hace unos 55 años. Hubo después de nosotros una cuadrilla que llamaron *La Alcanfía*, ellos usaban puro disfraz de diferentes cosas (*chichinas*). Me acuerdo que había otra, de nombre *La Llave*.

Nosotros nos fuimos organizando y empezamos a usar traje completo; corbata, guantes y careta; esas las mandamos a hacer a Santa María Aztahuacán con el señor Cándido, sus hijos y nietos siguen con esa tradición de las máscaras de cera.

Hace unos veinte años hubo una exposición en la explanada de la plaza Cuitláhuac, fue sobre la tradición de las comparsas. Le voy a enseñar un casete. Organizaron (las autoridades) un evento de comparsas de Indiana, Estados Unidos, y los ocho barrios estuvimos alrededor de ellos. Primero ellos nos mostraron sus danzas, y luego nosotros a ellos. Fue muy bonito.

Cada vez más entusiasmado, don Zeferino entra a la casa para buscar entre sus recuerdos la cinta magnetofónica del evento ya comentado. A su regreso trae consigo, además, una grabadora, la cual coloca en una mesa de metal que está en el centro del patio. Ya no volvimos a tomar asiento.

— Mire, este es el casete que le digo; trae *Las pelonas*, *Los lanceros*, *Las calaveras*. Y viene esta foto de las máscaras en la portada. Un maestro de nombre Martín Mendoza, que era investigador de la escuela de antropología (Escuela Nacional de Antropología e Historia) nos entrevistó porque estaba interesado en

los bailes y el vestuario. De su escuela nos invitaron al Teatro de la Ciudad y al Jorge Negrete para dar una muestra de nuestros bailes, que luego ellos mismos aprendieron; eran maestras y maestros de danza. Ellos pidieron permiso de copiar nuestro baile y nosotros les prestamos las máscaras, fue cuando tuvieron la idea de grabar estas piezas del Carnaval, que son pasodoble, jarabe, danzón y corrido, ¿quiere que le enseñe? Vea cómo se baila.

Coloca el casete en su compartimento, lo rebobina, oprime *play*, sube al máximo el volumen. Por un momento pienso que algún vecino podría molestarse por el escándalo, pero luego caigo en la cuenta que en el barrio debe ser costumbre la fiesta a cualquier hora del día. Además, hay que recordar que estamos en la casa de don Zeferino Cisneros, pionero de los carnavales contemporáneos y presidente de la Asociación de Comparsas.

Toma el bastón de mando y al ritmo del corrido *Las pelonas*, don Zefe comienza a bailar haciendo sentir sus pasos firmes sobre el hormigón. Parece olvidar sus setenta y tantos años; la energía que de él se apodera es como la de un veinteañero. Primero se mueve hacia el frente y, al cambio de ritmo, da la media vuelta para regresar. Me quitaría el sombrero —si lo tuviera— ante la demostración de gozo y orgullo por el baile. Pone *stop* al rodar de la cinta para seguir con la plática. Por un momento se convierte en entrevistador.

— Hubo hace poco una exposición en Paseo de la Reforma sobre el Carnaval, eran fotografías grandes, ¿no la vio?

— Sí, estuve ahí; me pareció una muestra muy ilustrativa de la cultura de los barrios originarios de Iztapalapa, nada más que en aquel momento no llevaba cámara y aún no había decidido investigar sobre el Carnaval. Pero, cambiando un poco de tema, dígame qué opinión tiene de la vestimenta que se usa actualmente en las comparsas, ¿está usted de acuerdo en que se utilicen tan variados disfraces?

— En muchas cuadrillas les gusta usar personajes de la tele y otras cosas para sus carros, y así lucen bien en el desfile; nosotros no. La comparsa *Noche Buena*

usa nada más vestuario de catrines con sus máscaras de cera, que bailan con hombres vestidos de mujer, nada más. Cada comparsa es libre de usar los disfraces que guste; lo que importa es no perder la tradición de estar en el Carnaval.

En cuanto a la organización del evento y la participación de las autoridades, Zeferino no ve gran dificultad porque todo depende —asegura— de tener el dinero para festejar como debe ser.

— Hay un Comité Organizador con su tesorero y dos vocales. Las juntas se hacen aquí en el patio de la casa. Cuando llegan nuevas autoridades tenemos que presionar para que no nos quiten el apoyo para nuestras cuadrillas. Porque cada autoridad nueva que llega quiere darnos menos dinero. El representante de todas las cuadrillas, que ahorita soy yo, pide que se nos dé parejo a todos, porque a veces quieren darle menos apoyo a las cuadrillas más nuevas, pero si todas participamos, todas merecemos lo mismo, ¿no? La actual delegada (Clara Marina Brugada Molina) nos quería dar cuatro mil pesos por cuadrilla; los anteriores delegados nos daban diez mil.

Voy a estar en este cargo hasta que los representantes de todas las comparsas decidan. Con la delegada actual platicamos y le planteamos el problema. Le dijimos que si no hay apoyo, no hay Carnaval y aceptó. En una ocasión tuvimos que cerrar la avenida (Ermita Iztapalapa) para que nos hiciera caso, y es que si nos dejamos, pues le dan a uno lo que quieren. Ahora tenemos muy buena relación con la delegada. Nos resistimos a perder esta tradición.

Yo nací en 1934 y ya ando mal de las articulaciones. Cuando estaba joven participaba porque siempre me ha gustado el baile, pero trabajaba, luego me iba a jugar futbol y todavía me iba a ver a la novia. Cuando me casé, pues, ya tuve que trabajar todo el día, cansado y todo, me quedaba cuerda para estar en la cuadrilla. Ahora que ya no trabajo, me dedico todo el tiempo que sea necesario a esto de organizar el Carnaval.

Don Zeferino me invita a pasar a la sala de su casa para mostrar con orgullo sus máscaras de cera, trofeos y reconocimientos. Tomo algunas notas. Cierro la entrevista recibiendo una sonrisa y su frase de aliento: —“que tengas suerte con tu trabajo”. Al mismo tiempo, hago el último recorrido visual por la galería de fotos que cubre las cuatro paredes de la estancia, lugar en el que su esposa, hijos y demás descendientes de la familia Cisneros me dan la despedida.

Me preguntó si habrá en estos barrios alguien que conozca más sobre el tema del Carnaval que el propio Zeferino.



Zeferino Cisneros y su víbora de palo.



Uno de tantos trofeos de don Zefe.

Fuente: Alberto López Jiménez.

1.5. Beatriz Ramírez González¹², cronista de Iztapalapa

*Por fortuna aquí no festejan con armas de fuego,
como es el caso de Santa María Aztahuacán,
Santa Cruz Meyehualco y otros pueblos.*

(Beatriz Ramírez, responsable del Archivo Histórico de Iztapalapa)

En el costado poniente de la plaza Cuitláhuac —el mismo edificio alguna vez ocupado por oficinas de la Tesorería— se encuentra el Archivo Histórico de Iztapalapa. La responsable del recinto, Beatriz Ramírez González, accedió a platicar sobre el tema del Carnaval. El ambiente del local se percibe principalmente como un lugar de trabajo, con una gran mesa rectangular cubierta con paño verde, flanqueada por anaqueles que forman una escuadra alrededor de la mesa. En las paredes se aprecian reproducciones enmarcadas de antiguos mapas del valle de México. En algunos de ellos se distingue el Cerro de la Estrella, alguna vez rodeado por el lago de Texcoco.

Previamente a la entrevista capturé algunas imágenes. Con buena disposición, Beatriz pone a mi alcance textos, revistas y periódicos relativos al tema. Me indicó que este festejo tradicional no se celebra únicamente en los ocho barrios originarios; otros pueblos y barrios alejados de la cabecera delegacional también lo llevan a cabo más o menos en las mismas fechas¹³. Hecha la aclaración, comienza la entrevista.

— ¿Conocen los participantes en las comparsas el origen del Carnaval?

— Supongo que no todos saben cómo inició, unos tendrán más conciencia de ello que otros, pero creo que la gran mayoría sí tienen muy claro que se trata de una tradición antigua. Es posible que no conozcan en detalle los antecedentes coloniales, menos lo prehispánicos. Pero seguramente saben que se trata de una

¹² Beatriz Ramírez González nació en la Ciudad de México. Es maestra en Historia, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En su papel de cronista de la delegación Iztapalapa, ha montado diferentes exposiciones fotográficas y documentales relativas a la historia, tradiciones y cultura de la demarcación. En octubre de 2010 fue designada responsable del Archivo Histórico de Iztapalapa.

¹³ Ver anexo I.

tradición que tiene varias décadas; lo saben porque lo heredaron de sus abuelos o sus padres, y ellos la continúan. Además no todos los que participan son gente joven; también, toman parte personas mayores, precisamente ellos son los organizadores; gente que lleva muchos años en las comparsas, que luchan porque no se pierda esta tradición, pero además participan muchísimos niños. Hablando de aquí, de los ocho barrios, por ejemplo, hay una comparsa exclusivamente de niños, en el barrio Santa Bárbara. Así se procura fomentar en los habitantes más jóvenes el gusto por estas tradiciones.

— ¿Qué mueve a los jóvenes y qué motiva a la gente mayor a participar en esta tradición?

— Seguramente en alguna forma son diferentes las motivaciones. La gente mayor lo hace por preservar la tradición del Carnaval, porque no se pierda. Además, ellos saben que es algo que les da identidad. En el caso de los jóvenes, algunos lo harán por el mismo motivo que los más viejos, pero seguramente otros toman parte nada más por divertirse, porque además a veces hay cosas que van más allá del ambiente festivo; hay personas que beben en exceso, hay conflictos, enfrentamientos, no sé si ha habido muertos pero si ha habido pleitos. Entonces es ahí donde ya degenera un poco esta tradición, sobre todo por los que se incorporan, porque además participa gente que no es de aquí, que viene de otras colonias.

Por fortuna aquí no festejan con armas de fuego, como es el caso de Santa María Aztahuacán, Santa Cruz Meyehualco y otros pueblos; hay pueblos de Iztapalapa en donde no imaginan el Carnaval sin armas y eso es peligroso. Ahí sí ha habido heridos y hasta muertos. En Santa Cruz dicen que si no hay un muerto no se le puede llamar Carnaval, a ese grado llegan. Para ellos es parte del festejo. Por más que se hacen campañas por parte de los delegados y diputados para que no utilicen armas, y aunque hay vigilancia por medio de patrullas, no los pueden controlar, no los dejan entrar (los vecinos a la policía). Y aquí la ventaja es que no hay armas.

— ¿La forma actual de organización contribuye a preservar la tradición del Carnaval?

— Sí, porque hay gente responsable del evento, los organizadores tienen sus representantes; cada cuadrilla organiza sus ensayos. Además, hay determinadas reglas para pertenecer a la comparsa, existe un orden; todo eso contribuye a que la tradición continúe. Aquí se da mucho la competencia; eso despierta el interés y hay motivación por ganar, por ver quién baila mejor, quién tiene el mejor disfraz, la mejor música, competir con otros pueblos les despierta el interés por participar.

Relacionándolo con los eventos que organiza la delegación en el cierre del Carnaval, las comparsas se suben al templete, compiten, les dan reconocimientos. Todo eso ayuda a preservar la tradición. Hay barrios, pueblos y colonias lejanas a los ocho barrios que organizan por las mismas fechas sus propias comparsas, su propio Carnaval. A las colonias como Santa Martha Acatitla, Santiago Acahualtepec, Santa Cruz Meyehualco y San Sebastián Tecoloxtitla (por su lejanía de los barrios originarios) les resulta difícil llegar hasta acá; les sale caro. Pienso que en Iztapalapa, más que perderse, las tradiciones se extienden. Ejidos del Moral es un ejemplo; es una colonia nueva que está conformada por mucha gente originaria de los ocho barrios, y ahora ellos hacen su propias comparsas.

— ¿Puede ser el Carnaval una forma de evasión o escape a los problemas cotidianos de los participantes?

— No lo creo, porque este evento es muy temporal. No es sencillo organizar o pertenecer a las comparsas; tienen que salir a bailar sábados y domingos durante un mes antes del cierre del Carnaval, hay que invertir en los disfraces, en la música. Y aunque los organizadores reciben apoyo por parte de la delegación, para ellos nunca es suficiente; se organizan para obtener más recursos. A lo mejor es un distractor que los hace pensar un poco menos en sus problemas, pero no al grado de representar una forma de escape.

— ¿La introducción de nuevos elementos en el Carnaval, como la música de moda y los disfraces del momento, ayuda o perjudica a la tradición?

— Pienso que no perjudica; lo que sucede es que la tradición se va transformando, va incorporando nuevos elementos, personajes de caricaturas, se van poniendo al día, en fin, se hace mofa de los políticos en turno. Parte de la idea del Carnaval es hacer mofa de los gobernantes con el uso de máscaras de Vicente Fox, por ejemplo, o de Carlos Salinas. En lugar de perderse la tradición, se actualiza. Hay crónicas en periódicos de los años veinte del siglo pasado que hablan de disfraces de japoneses, diplomáticos o de políticos de ese tiempo en otros carnavales de la ciudad. En la actualidad hay un sinfín de disfraces. Lo ideal sería que no desaparezcan los disfraces tradicionales en las comparsas, como el disfraz de charro o de catrín y la tradición de las máscaras.

Pasión por la historia y tradición de los barrios. Así podría resumir la entrevista con Beatriz Ramírez. Con su labor de cronista de Iztapalapa no sólo ayuda a difundir las costumbres de un pueblo, sino que al sentirse parte de él, transmite a quien la escucha ese deseo de presenciar y participar en una fiesta como la del Carnaval.



Beatriz Ramírez González.

Fuente: Alberto López Jiménez.



Carnaval en San Sebastián Tecoloxtitla, Iztapalapa.

Fuente: Staff de fotógrafos de la delegación Iztapalapa.

En este capítulo se dejaron ver algunos rasgos del aspecto humano que rodea al *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa*. Ya sea por medio de la entrevista (directa o recreada) o a través de la observación, se procuró dar una interpretación de lo que para algunos participantes significa *identidad*.

Pudo comprobarse, tomando como base la observación y los testimonios recogidos, que el Carnaval no sólo es diversión; se trabaja arduamente en la búsqueda de recursos económicos necesarios para contratar la música, lucir la vestimenta más llamativa y adornar copiosamente los carros alegóricos. Es difícil apreciarlo a primera vista, pero el Carnaval, su preparación y desarrollo, es un asunto muy serio para quienes participan en él, tanto como lo es la representación de *La pasión de Cristo*, evento que es referente importante en las manifestaciones culturales de Iztapalapa.

Lograr una contagiosa ejecución en los bailes, atraer las miradas hacia los carros alegóricos, obtener el aplauso del público y perpetuar la realización del Carnaval, son los objetivos que persiguen quienes toman parte tanto en la preparación como en el desarrollo de esta festividad. No obstante lo anterior, no se debe pasar por alto un asunto positivo —más terrenal y concreto— que trae consigo la realización del evento: la reactivación de la economía local; dicho en términos llanos, el movimiento del dinero entre la gente de los barrios.

Zeferino Cisneros, mostró su sentir respecto a la evolución de esta fiesta popular, coincidiendo con la historiadora Beatriz Ramírez en lo que se refiere a la conservación y difusión de este tipo de tradiciones. A su vez, la también cronista de Iztapalapa, dejó ver que para los participantes en la planeación y el desarrollo del Carnaval lo más importante es la preservación del evento, por encima de dificultades y prejuicios de propios y extraños.

Ya que estamos aquí, sería bueno echar un vistazo al festejo, fundirse en el ambiente, caminar, imaginar, saborear, disfrutar, cantar y bailar. Hagámoslo.

Capítulo 2. Un vistazo a la fiesta

*Es la esquina de mi barrio, compañeros,
un lugar de movimiento sin igual;
los camiones, los transeúntes y los perros
no la cruzan sin tener ´dificultad´.*

(Salvador Flores Rivera. Fragmento de la canción *La esquina de mi barrio*)

En este capítulo, un viaje al pasado nos lleva a imaginar cómo pudo ser la celebración de un ritual prehispánico, hipotético antecedente de lo que hoy es el Carnaval. En contraste, podremos apreciar la participación del público al paso de una comparsa, con la anécdota ocurrida a un espectador. También volaremos ficticiamente sobre los ocho barrios del Centro Histórico de Iztapalapa, deteniéndonos en esos detalles significativos que, como si fueran motivos de un cuadro, nos adentran en el ambiente que inunda esta festividad. Más adelante se presenta cuál es el papel que juegan las autoridades como promotoras y vigilantes del evento. Como ocurre en toda fiesta donde está presente la competencia, la inconformidad emerge en el testimonio de dos personajes no invitados. Por su parte, Emiliano Herrera da a conocer su desacuerdo con la situación actual que guarda la zona centro de Iztapalapa. Finalmente, una crónica de la atmósfera imperante en la plaza Cuitláhuac en el ocaso del Carnaval.



Reina de comparsa sobre el lomo de un dragón.

Fuente: Staff de fotógrafos de la delegación Iztapalapa.

2.1. Viajando al pasado

*En este valle rodeado de montañas había un lago,
y en medio del lago una ciudad,
donde un águila desgarraba una serpiente
sobre una planta espinosa de la tierra.*

(Fragmento de *Poema de amor en la Ciudad de México*, de Homero Aridjis)

Si damos por cierto lo que diversos documentos históricos señalan, que el Carnaval tiene su origen probable en las celebraciones prehispánicas de la fertilidad, imaginemos el panorama que prevalecía en los festejos de la antigua *Iztapalapan*, cuyo vocablo proviene del náhuatl *Iztapalli*-losas o lajas, *Atl*-agua, y *Pan*-sobre, que puede traducirse como —*El agua de las lajas*”¹⁴. Estamos hablando de una época en la que nuestros antepasados todavía realizaban sacrificios humanos como ofrenda a sus dioses. Podría divisar el nativo de estas tierras, desde la cima del Huizachtépetl, un paisaje dominado por agua, unas pequeñas islas, chinampas en la ribera del lago de Texcoco, y mirando desde el lado sur del cerro, más hortalizas sobre el lago de Xochimilco.

Se escucharían instrumentos musicales prehispánicos tales como *idiófonos*, *membranófonos* y *aerófonos*¹⁵, que fueron utilizados casi con seguridad en algún tipo de fiesta; pues no todo era guerra y sacrificios humanos. Veríamos entonces —sin saber la ubicación exacta— a un grupo de danzantes ataviados con elementos festivos sobre su cuerpo, celebrando un importante acontecimiento al ritmo de música precortesiana. En cuanto a las edificaciones, habría un espacio dedicado al juego de pelota, lo mismo que un caserío hasta donde llegarían los cantos y gritos de júbilo; llantos y risas de niños, todos ellos mezclados en el aire, acompañando el trinar de las aves. Tal sería el ambiente en un día de fiesta, ¿antecedente de la fiesta del Carnaval como hoy lo conocemos? Posiblemente. No sabemos si había espectadores en el festejo; o por lo menos, no sería fácil afirmarlo hoy. Es posible que unos animaran, mientras otros tocaban y bailaban.

¹⁴ Delegación Iztapalapa. “Significado de Iztapalapa”, [en línea], Disponible: http://www.iztapalapa.gob.mx/htm/0101020000_2005.html, [consulta: 2 de mayo de 2012].

¹⁵ Arqueología mexicana, “Los instrumentos musicales prehispánicos”, [en línea], Disponible: <http://www.arqueomex.com/S2N3nInstrumento94.html>, [consulta: 3 de mayo de 2012].

La historia señala que *Iztapallapan* fue destruida tras la caída de México-Tenochtitlan. Como ocurrió con la mayoría de los monumentos prehispánicos, se fueron construyendo templos católicos sobre las ruinas de los adoratorios indígenas, dando paso a un sincretismo entre la fe cristiana traída por los españoles y la idolatría de los nativos a sus dioses. Lo mismo ocurría con las festividades del *viejo* y el *nuevo* mundo; adaptando las características europeas del Carnaval a los ritos de inicio de la siembra y la cosecha, propios de los pueblos conquistados en América. No es de extrañarse, entonces, que al paso del tiempo los ritos ancestrales de fiesta y adoración se nutran continuamente con la influencia de culturas ajenas. La misma evolución de la música, la vestimenta, el transporte y las costumbres alimenticias son todos ellos elementos que trastocan la cultura local.

Las prohibiciones de algunas prácticas en la celebración del Carnaval durante la Colonia, como el vestirse de mujer para los hombres o el uso de hábitos para los seculares, obligaron a los pueblos originarios asentados en lo que hoy es la Ciudad de México a realizar sus fiestas casi en secreto, hasta desaparecer casi por completo la práctica de esas costumbres. Sólo algunos barrios y pueblos alejados del centro, continuaron practicando bailes, cantos y representaciones; es el caso de Iztapalapa.



Delimitación actual de Iztapalapa sobre un mapa que muestra su origen lacustre.

Fuente: Portal de internet de la delegación.

2.2. Un beso de —La Güera”

*Hoy el noble y el villano, el prohombre y el gusano
Bailan y se dan la mano sin importarles la facha.
Juntos los encuentra el sol a la sombra de un farol
Empapados en alcohol abrazando a una muchacha.*
(Joan Manuel Serrat. Fragmento de la canción *Fiesta*)

Con los supuestos personales y antecedentes históricos asentados en el presente relato, ¿podría encontrarse alguna semejanza entre las celebraciones prehispánicas y coloniales con el Carnaval actual? Veamos lo sucedido a un espectador y el ambiente que rodea al festejo, en un día cualquiera del evento que lleva ahora el nombre de *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa*.

Atenta a las miradas de los ahí presentes —La Güera” danza tomada del brazo de un charro, luego, al cambio de ritmo forma una hilera con los demás disfrazados, corriendo y gritando eufórica. En la comparsa *San José* del barrio del mismo nombre, como en la mayoría de las que participan en la festividad, únicamente hay hombres.

Solamente durante el Carnaval, —les volteados” pueden ser llamados y tratados como damas sin que opongan resistencia alguna; se les toma de la cintura con toda delicadeza y reciben del público los más atrevidos piropos. Y es que después de un rato de observar el entusiasmo de los que danzan, el sexo del ejecutante pierde importancia.

De pronto, el vistazo sobre el público se detiene en un señor bigotón que, poniendo la mano sobre el hombro de su esposa ha dejado de aplaudir. —La Güera” ya lo había sentenciado: —a quien no aplauda le toca beso”. Pero el hombre se distrajo y de pronto, para sorpresa de su esposa e hijos, recibe su castigo en la mejilla. El de bigote no sabe qué hacer; primero pretende limpiarse el labial color marrón marcado en la cara, ríe nervioso, después, comienza a aplaudir cuando ya es demasiado tarde. —La Güera” continúa buscando víctimas.

Mientras, del otro lado de la acera se abre un portón. A los lados se observan

flores y plantas de sombra, al fondo, el humo blanco que proviene de un comal, que a su vez descansa sobre un brasero. El olor a cecina y tortillas recién hechas inunda el callejón entero, provocando que a los asistentes se les abra el apetito. La comida está lista y en cualquier momento músicos y danzantes tomarán su descanso para echar un taco.

Algunos concurrentes se codean unos a otros en señal de retirada para no caer en la tentación de acercarse y pedir comida. Porque es bien sabido que en esta ocasión el alimento no es para todos los presentes; nadie de los mirones quisiera pasar la vergüenza de que les sea negado un taco. Termina la pieza y a la voz de —a comer”, el espectáculo da lugar a una pausa.

Los asistentes provienen de otros barrios y pueblos originarios de Iztapalapa, incluso hay visitantes de colonias relativamente nuevas en la demarcación. También se da cita uno que otro turista ciudadano. Unos vienen preparados con frituras que compraron en el estanquillo, pero otros prefieren caminar un poco más para saborear algún antojo preparado en el mercado de la cabecera delegacional; otros más, aguantan el hambre y distraen al estómago con un refresco; los menos afortunados, se alejan discretamente de todo lugar que despida olor a comida. Después de todo, estas singulares fiestas del pueblo sólo se pueden apreciar una vez al año; el estómago puede esperar.

Hay que insistir, por celebraciones no se detiene el pueblo de Iztapalapa; cuando no es el festejo al santo patrono de la iglesia, está el aniversario del mercado, las fiestas patrias, el día de la Santa Cruz, las posadas, y un largo etcétera. Pero ahora es el momento de la fiesta carnavalera que está en su apogeo; por lo tanto, hay que festejar como Dios manda.

Con las pilas recién cargadas vuelve la comparsa a tomar su lugar en uno de los callejones del centro de Iztapalapa. De los espectadores que aplaudían y gozaban antes de la comilona, pocos volvieron. Los demás, seguramente hallaron otras opciones para entretenerse en la plaza Cuitláhuac; hubo quienes eligieron ir a misa o retirarse a su casa. El asunto es que, de todas maneras, hay público

entusiasta dispuesto a seguir aplaudiendo, quien no lo haga, corre el riesgo de recibir un beso de —~~la~~ Güera”; singular castigo que pone sabor a esta comparsa.

Es raro, dicen, que en estas fiestas haya desmanes dentro de la comparsa. Lo normal es que nadie se exceda en la bebida; es más, músicos y bailarines tienen prohibido embriagarse, y no se diga faltar el respeto a la concurrencia. La policía no tiene lugar en esta celebración; aquí el orden lo impone el barrio, y pobre de aquel, visitante o no, que se quiera pasar de vivo.

La gente participante en los festejos carnavales de Iztapalapa sabe que pasando el mediodía puede encontrarse con alguna calle cerrada. Por esta razón, microbuseros y taxistas que circulan por el lugar en estos días de algarabía, conocen las rutas alternas. Los choferes que no quieren batallar, de plano niegan el servicio al pasajero: —~~para~~ allá no voy, está todo cerrado”.

Así las cosas, quienes asisten llegan por alguna de las tres estaciones del metro que más les acomode, según el barrio a visitar: Cerro de la Estrella, Iztapalapa y Atlalilco. El ritmo de vida se vuelve lento en estos días y casi a nadie le interesa llegar rápido a su destino; antes prefieren bajarse del transporte y caminar más de lo acostumbrado con tal de envolverse en el ambiente festivo.

Existen distintos tipos de visitantes. A unos puede moverlos la nostalgia cuando visitan los barrios de Iztapalapa, quizá porque diversas circunstancias los obligaron a dejar sus lugares de origen, para asentarse en la población con más habitantes del país (más de un millón setecientos mil)¹⁶. Entonces, el Carnaval representa para los nuevos vecinos un refugio espiritual dentro de la gran urbe, que les hace recordar las tradiciones de sus pueblos.

En otros casos, la curiosidad puede ser el detonante que los conduzca a los barrios del oriente ciudadano. En cualquier caso, el visitante es bienvenido y así lo siente. Por estos días, el espectador se olvida de los problemas que etiquetan a

¹⁶ Instituto Nacional de Estadística y Geografía, “XII Censo General de Población y Vivienda”, [en línea], Disponible: <http://www.inegi.org.mx/sistemas/consulta—resultados/iter2000.aspx?c=27437&s=est>, [consulta: 15 de abril de 2012].

esta delegación como insegura y con falta de servicios, principalmente de agua; y quién lo iba a decir, en una tierra alguna vez rodeada por un lago, donde el cultivo sobre chinampas era lo habitual.

Ahora, un elemento cobra vida y se convierte en nuestro guía. Atendamos.

2.3. Lo que el viento nos dejó

*La lluvia que al fin es expulsada del pueblo
Por el viento
A causa de su mala conducta.
La lluvia que ama a los que beben junto al fuego
(Jorge Teillier. Fragmento de *Poema con lluvia*)*

La ilusión de volar y apreciar la panorámica de los ocho barrios de Iztapalapa, con todo lo que ahí sucede en un día cualquiera de Carnaval, me atrajo a contar lo siguiente, dándole voz al viento. Así, parado en la cima del Huizachtépetl, miro hacia el norte y encuentro un caserío con estrechos callejones, pocas construcciones de más de tres pisos. Son los barrios originarios. Ellos colindan con la Central de Abasto, edificios modernos de la unidad habitacional Leyes de Reforma y fábricas asentadas sobre la avenida Año de Juárez.

Corre entre las calles el viento. Choca en cada esquina y se divide; una parte va al norte y otra al este, otra, al sur y al oeste. Después, forma pequeños torbellinos que son visibles sólo si hay polvo en el ambiente; otras veces no se aprecian, pero ahí están, agitando cientos de hojas de papel picado que cuelgan de poste a poste en cada calle.

El soplo inquieto sorprende a la gente que camina sin prisa en domingo. Vecinos que van a oír misa o se dirigen al mercado para comprar el almuerzo. Más allá, el viento incesante revuelve el aroma que despide el nixtamal convirtiéndose en tortilla, lo mezcla con el olor que arroja la antigua pulquería. Recoge después las esencias de la perfumería, juega con ellas y las deposita momentáneamente en el

local de teléfonos celulares. Sigue su caprichosa ruta.

El aire en movimiento, que ya pasó por el Cerro de la Estrella o que en un momento irá hacia él, no tiene ojos ni memoria y su cuerpo no es estable, pero nos recrea, con este supuesto, la vitalidad de los barrios del centro de Iztapalapa que, por estar tan cerca uno de otro, aprisionan sus tradiciones ancestrales.

En uno de esos callejones el viento se detiene, llama su atención el reflejo del sol en la trompeta de un músico, luego, otro reflejo del mismo astro rey fulgura en el trombón, y también en el filo de los tambores, golpeados armónicamente por gastadas baquetas de madera. La banda musical acompaña a la comparsa *Noche Buena* del barrio San Miguel. Así sucede los fines de semana en Cuaresma; cinco o seis comparsas desfilan por las calles cada día.

De todo esto somos testigos a través del viento juguetón y viajero. Podría pensarse que las calles nos van contando lo que ocurre, pero no es así; en esta ocasión guardan silencio; es el aire en movimiento a través de quien vemos, cual si fuera una cámara de video con alas, lo que percibe desde las alturas. Pero dejando a un lado el aspecto técnico del supuesto vuelo, sigamos curioseando.

Hábiles manos dan los últimos toques al carro alegórico que usará la reina del barrio. Las flores artificiales ya están pegadas alrededor del trono móvil que recorrerá en unos días las calles del centro de Iztapalapa. Las flores naturales tendrán que esperar su turno hasta el día del cierre del Carnaval, una semana antes del *Domingo de Ramos*, porque a partir de entonces todo será solemnidad. Mientras tanto, y con el permiso de Dios, hay que darle rienda suelta a la alegría.

Una fotógrafa extranjera, con su lente de largo alcance capta decenas de tomas, ¿curiosidad personal por el vistoso evento?, ¿trabajo profesional que será bien remunerado? No sabemos, lo cierto es que su sonrisa se amplía cada vez que hay un cambio de pieza en la interpretación de la banda, o sea, cada vez que el *cajero* levanta el bastón de mando con forma de serpiente. Todos los demás, habitantes del barrio y paseantes, toman fotos con cámaras simples o con su teléfono celular.

El viento traicionero esta vez trajo cola; nubes grises oscurecen la tarde. Los más preocupados son los danzantes y los músicos, porque a los mirones les basta con cubrirse del agua, si es que llueve, bajo alguna marquesina o metiéndose a una tiendita. No sea que a los charros se les vaya a mojar su traje, a los músicos sus instrumentos y a los disfrazados de mujer se les corra el rímel o terminen con la peluca toda mojada, “¡qué barbaridad!”, dicen las mujeres, “¡ya valió!”, se quejan los jóvenes mirándose unos a otros. Pero la fiesta siguió porque la lluvia tuvo compasión de los presentes. Sólo unas cuantas gotas hicieron correr a los más delicados y se fueron; los demás, quienes de verdad sienten suyo el barrio, bailaron ese domingo hasta quedar agotados; deteniéndose sólo una vez para tomar los sagrados alimentos.

A través del viento vemos todo esto, él también está cansado. Se planta en el suelo para reponer fuerzas y recorrer más tarde otros barrios, otros pueblos, otras calles.

Todo marcha sobre ruedas, la fiesta transcurre en paz, mas deberíamos vigilar que así termine; que el apoyo de los que mandan en el barrio sea visible.

2.4. ¿Y la autoridad?

*Hoy comamos y bebamos
Y cantemos y holguemos,
Que mañana ayunaremos.*

(Juan de Enzina. Fragmento del villancico *Hoy comamos y bebamos*)

El *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa* es el nombre oficial del evento que la Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal ha impulsado para encausar esta tradicional fiesta barrial. Algunos vecinos piensan que la razón principal por la cual las autoridades están presentes en este festejo, es para dar lucimiento al delegado en turno, y de rebote al secretario de cultura y al jefe de gobierno. En palabras simples, la autoridad pretende saludar con sombrero ajeno; se apropia de la fiesta. Aunque también reconocen que es indispensable su apoyo

económico y logístico para la realización del Carnaval. De cualquier manera insisten que la fiesta es del pueblo, y que la autoridad solamente cumple con su deber de apoyo y vigilancia.

Otros en el barrio dicen que los funcionarios de gobierno participan en la organización de cualquier suceso donde haya una importante concentración de personas; primeramente para cuidar el orden, y sobre todo, para que no se festeje con disparos, porque Iztapalapa se ha ganado la fama de ser un lugar peligroso para eso de las fiestas; precisamente por los disparos al aire. Se dice que la costumbre de accionar las armas es una señal de alegría desbordada, aunque es bien sabido que en otros pueblos, esas balas perdidas han terminado con la vida de inocentes transeúntes.

¿Y qué pasa si la gente se excede al festejar? La autoridad siente la obligación de permitirles total libertad. Las sanciones en estos días se evitan al máximo. Octavio Paz escribió al respecto: —En ciertas fiestas desaparece la noción misma de orden. El caos regresa y reina la licencia. Todo se permite: desaparecen las jerarquías habituales, las distinciones sociales, los sexos, las clases, los gremios”.¹⁷

Pero vayamos a echarle un vistazo al desarrollo del Carnaval, en donde una multitud se arremolina detrás del templete instalado en la plaza Cuitláhuac, corazón de Iztapalapa. Algo falló en la organización, pues los integrantes de la comparsa *Belisario Domínguez* del barrio San Pablo, que unos metros atrás dejaron el carro alegórico para subir al entarimado, no pueden hacerlo; un grupo de granaderos les impide el paso. La retaguardia empuja, ignorando que la vanguardia literalmente está en aprietos. La inercia provoca algunos pisotones; pelucas, zapatillas y cabezas de botarga se tambalean. Como pueden, los comparseros protegen a los niños, quienes pese al incidente no pierden el entusiasmo.

Por fin, uno de los oficiales, también apretujado entre el remolino de gente, indica

¹⁷ Octavio Paz. —“dos santos, día de muertos”, en *El laberinto de la soledad*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 45-46.

a los comparseros que la entrada es por el lado contrario. Ya repuestos del susto, suben las escaleras del escenario para dar inicio al desfile de las veinte comparsas de los ocho barrios de Iztapalapa. La banda no ha dejado de tocar y el público aplaude cuando el presentador nombra a la primera de la tarde. Casi al mismo tiempo se escucha un fuerte estruendo que hace voltear a los asistentes. Es un niño vestido de charro que, ayudado por su padre, carga un artefacto en forma de pistola, en el que introduce un petardo, simulando un arma de fuego. Cuando el respetable ve que no hay peligro, vuelve a lo suyo: aplaudir, silbar, gritar, echar porras.

En el centro de la plaza Cuitláhuac la fiesta continúa. Policías apostados vigilan discretamente, aunque también disfrutan del espectáculo. Distintos grupos amenizan el cierre del Carnaval, predominan las bandas sinaloenses y el ritmo llamado duranguense. Proviene de distintos pueblos del valle de México, no precisamente de Sinaloa o Durango, como podría pensar algún turista distraído. Los estilos musicales que se escuchan son los de moda, así como hace algunos años la cumbia, la norteña o el corrido dominaban las fiestas barriales de Iztapalapa.

En cuanto a disfraces y carros alegóricos se refiere, los más vistosos, coloridos y originales reciben la aclamación del público. Aquí se dan cita temas tan diversos como animales prehistóricos y seres mitológicos; personajes de éxito en la televisión mexicana como El Chavo; del cine estadounidense, por ejemplo, El Hombre Araña, pasando por alebrijes y figuras del antiguo Egipto.

La autoridad no interviene para limitar la inclusión de tan variados disfraces, menos para restringir el tipo de música que suena en el Carnaval. Sin embargo, hay un pequeño sector del barrio que se aferra a las antiguas formas de festejar, sugiriendo a las autoridades de la delegación y del gobierno central, que promuevan entre los representantes de las comparsas el uso de máscaras de cera, trajes de charro y de catrín, aunque dichos esfuerzos sucumben, en ocasiones, ante las modas actuales impuestas por los más jóvenes.

Son las ocho de la noche del 25 de marzo del 2012 y desde el inicio del Carnaval, a fines de febrero, no se han registrado incidentes de gravedad, al menos en los ocho barrios del centro de Iztapalapa; tampoco se han presentado los tiros al aire tan temidos por los detractores de las fiestas barriales. —Saldo blanco”, menciona el maestro de ceremonias, quien se convierte en vocero oficial del cierre del evento, aunque también es la voz de las peticiones populares; cuando no es para alargar la estadía de alguna comparsa en el escenario, es para resaltar la originalidad de tal o cual disfraz o la belleza y simpatía de la reina en turno. También vocea niños y objetos perdidos y anuncia reconocimientos a cada uno de los representantes de comparsa. A todo esto, si el comandante policiaco del sector estuviera rindiendo parte a la superioridad, diría: —si novedad”.

2.5. ¿Dónde quedó mi comparsa?

Aquí lo que rifa en tradición son las máscaras.
(José Tenorio, representante de fallida comparsa)

El 24 de febrero de 2012 pasadas las dos de la tarde José Tenorio, representante de la fallida comparsa que llevaría por nombre *Auténtica de la Asunción*, se encuentra muy molesto porque, en su opinión, el grupo que representa fue injustamente eliminado de la lista de 20 comparsas¹⁸ que participarán en el *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa*. Esperaba la salida de —Binas”, encargado —según se dice— de elaborar la famosa lista, porque tiene mucha influencia en las decisiones del Comité Organizador. En la explanada que conduce a la entrada principal del auditorio Quetzalcóatl se escucha su queja.

— Ese wey es de San Lucas y pesa mucho en la delegación, pero nada más está ahí por el billete. Nosotros no nos mochamos con él, por eso nos sacó de la jugada.

Con un corte de pelo a rapa en los costados, bermudas, camiseta sin mangas y

¹⁸ Ver anexo II.

las cejas depiladas, lo acompaña un amigo al que llama Quique, de vestimenta y apariencia similar. José Tenorio no deja de moverse y manotear, como si tuviera enfrente al mentado “Reinas”. De vez en cuando da un trago a su *Coca Cola* de lata para refrescar la garganta. Voltea con insistencia hacia la puerta del auditorio.

— Nomás quiero decirle al pinche “Reinas” por dónde se meta el billete que le dieron para sacarnos de las comparsas. Al wey le importa más el dinero que la tradición; por eso deja entrar tanto diske mariachi; esos ni son de aquí, los alquilan de Santa Martha o de otros lados. Aquí lo que rifa en tradición son las máscaras, pero ya se vio que le vale madres la tradición.

Inquieto por opinar, pero al mismo tiempo alerta para calmar a Tenorio en caso de que pierda el control, Quique suelta su versión.

— Los fondos que pone la delegación ya se sabe que no todo es para el Carnaval, ellos (los organizadores) se quedan con un billete, que no nos vengan con cuentos. La neta traíamos preparada una comparsa de lujo, bien loca, pero de primera. En otros años ya hemos estado y se ve que ahora se fueron por el lado del billete, a ver quién se mochaba con más.

A los representantes de las comparsas que no quedaron seleccionadas este año se les explicó, en junta previa al anuncio oficial, que por cuestión de “logística” no podrían participar más comparsas. José y Quique se interrumpen.

— ¡La manga!

— ¿Sí o no, Quique?, hay weyes que ni saben qué onda.

— ¡Ni madres, —logística” mis huevos!

— Nomás porque se visten de jotos, porque quieren salir del closet ya creen que la hicieron con su comparsa.

— A mí, la neta, como representante de comparsa, ya parece que voy a salirle a mi gente con la jalada de explicación que nos dieron, ¿cómo ves, Quique?

— ¡No, no chingues! Mejor que digan la neta, que no nos mochamos y mira, me cae que desde ahorita empezamos a juntar para el otro año. Si de eso se trata, pues órale, va.

— ¡A huevo! Pero por lo pronto, nada más déjame decirle a ese pinche -Reinas” que ya sabemos cómo estuvo el *bisne*.

— ¡Déjalo al wey! Así le ha de ir.

Los funcionarios y miembros del Comité ya abandonan el auditorio por las puertas laterales. Representantes de comparsas y público en general que ocupaba las butacas van saliendo por la puerta principal. Del famoso -Reinas”, ni sus luces.

2.6. El campo en la ciudad

*Todavía hay viviendas con terrenos grandes,
Donde se puede ver uno que otro caballo
Y algunos pequeños gallineros.*
(Emiliano Herrera, vecino de Iztapalapa)

Hombre interesado en la historia de Iztapalapa, le gusta investigar sobre temas que atañen a esta tierra que lo vio nacer hace cuatro décadas. Emiliano Herrera cuenta cómo las chinampas que había en la demarcación, todavía a mediados del siglo pasado, fueron desapareciendo con la llegada de migrantes provenientes del interior de la República.

En concreto, hablando de los barrios ubicados alrededor de la cabecera delegacional, Emiliano menciona que algunos vecinos sembraban entonces maíz, rábano y lechuga principalmente, además eran dueños de árboles de limón, naranja, higo, tejocote y otros frutos. La gente de mejor posición económica contaba con establos y otros tenían gallineros. Esta descripción evoca a un pueblo que bien pudo ser autosuficiente, de no ser porque la mancha urbana en el oriente de la capital del país seguía creciendo incontrolable.

Emiliano recuerda, por palabras de su padre, que la gente dedicada a sembrar comenzó a tener dificultades con los nuevos vecinos, quienes no vivían precisamente en los barrios —porque estos se encontraban bien delimitados— pero sí era el paso de la gente que venía del centro de la ciudad hacia las nuevas colonias. Frecuentemente se daba el robo de frutas y legumbres. Ello provocó que los dueños de terrenos sembrados defendieran su propiedad con pistola o escopeta en mano. Sin embargo, ante la imposibilidad de cuidar las hortalizas día y noche, los propietarios de estos campos optaron por dejar de sembrar. Esto, aunado a que el área de chinampas fue disminuyendo, y para entonces dependían más de las lluvias como forma de riego.

Todavía hay viviendas con terrenos grandes, donde se puede ver uno que otro caballo y algunos pequeños gallineros, pero no son más que reminiscencias de lo que alguna vez fue Iztapalapa, como un pueblo dentro de la ciudad. Y si nos vamos más lejos, lo que vieron nuestros antepasados —dice Emiliano con nostalgia— nos daremos cuenta de lo importante que fue Iztapalapa, junto con Milpa Alta, Xochimilco y Tláhuac, en el abasto de flores, frutas y legumbres, destinados a satisfacer las necesidades del centro de la capital.

No hay que olvidar que el último vestigio de chinampas, ubicado al norte del barrio San José, fue expropiado en 1970, durante el gobierno de Luis Echeverría. Da tristeza lo ocurrido en este lugar —continúa su relato don Emiliano— porque pudo haberse hecho algo más por esta región lacustre, así como se conservó y se sigue conservando la zona de canales de Xochimilco. Estaríamos hablando de esta parte de Iztapalapa como una zona turística, ¿pero qué hizo el gobierno? Construyó en la década de los ochenta la Central de Abasto de la Ciudad de México.

Con todo, el centro de Iztapalapa y algunos pueblos cercanos continúan defendiendo sus tradiciones ancestrales, como lo es el Carnaval que, dicho sea de paso, no es solamente de los ocho barrios —aclara enérgico Emiliano—. Ese nombre se lo dio el gobierno local para atrapar y encapsular el conjunto de festejos que tienen lugar en el centro de la delegación, en fechas previas a la

Semana Santa, tal vez para vincular la fiesta con la representación de *La pasión de Cristo*. Sin embargo, —concluye Emiliano— también celebran su Carnaval pueblos como Santa María Aztahuacán, Santa Cruz Meyehualco y Los Reyes Culhuacán, entre otros. Incluso hay solidaridad entre barrios y pueblos a la hora de cotizar precios de bandas de música y cohetes que se usan en las fiestas.

El nombre de Emiliano me hizo recordar a un personaje de la Revolución, que en los primeros años de escuela nos hacían llamar “héroe”. Hoy, es más fácil asociar ese concepto con las creaciones fantásticas de historietas, el cine o la televisión.

2.7. Héroes y temas de importación

*Y ¿qué importa morir? ¡Una careta! me vuelvo al carnaval que llaman vida,
Entre esa turba del cinismo atleta voy a burlarme de mi propia herida,
A embromar, a reír en danza inquieta aunque esté el alma de veneno henchida.*
(Antonio Plaza. Fragmento del poema *Fatalidad*)

Carlos Monsiváis observó en algunos de sus ensayos el fenómeno de la transformación de la cultura popular en México. Haciendo crítica de lo que llama la “desidia” del Estado, así escribió al respecto: —La desnacionalización de la cultura popular es mera consecuencia de la desnacionalización económica y de la ineficacia de la identidad nacional”¹⁹. Sin duda, el maestro Monsiváis habría tenido en este Carnaval un buen material para ilustrar sobre el tema de la influencia cultural que México adopta de otras naciones. Pero, sin menospreciar sus atinadas reflexiones, atendamos por un momento al espectáculo del Carnaval.

Son las seis de la tarde del 25 de marzo, y el desfile que pondrá fin al *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa* edición 2012, comienza de un momento a otro. Las 20 comparsas esperan ansiosas, quieren dar inicio ya al recorrido por las calles, que en esta ocasión impedirán el tránsito vehicular a su paso por la calzada Ermita

¹⁹ Carlos Monsiváis, —Notas sobre el Estado, la cultura nacional y las culturas populares en México”, [en línea], p. 18, México, Era, octubre-diciembre de 1981, Disponible: <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.30/30.4.CarlosMonsivais.pdf>, [consulta: 7 de mayo de 2012].

Iztapalapa y la avenida Javier Rojo Gómez. Extraños nombres de estas vialidades para personajes como Bozz Lightyear y Homero Simpson. Sus creadores jamás imaginaron que una versión artesanal de esas figuras con marca registrada estarían luciéndose en un desfile mexicano, desafiando las leyes internacionales de la propiedad industrial.

Batman, Winnie Pooh, Pedro Picapiedra, Tontín, y Bob Esponja conviven animosamente entre charros y catrines. Bailan formando un círculo. En medio de infinidad de ritmos que desbordan a través de las bocinas montadas sobre carros alegóricos, parece que bailan la tradicional *Rueda de San Miguel*. Afinando el sentido del oído, queda claro que se trata de una batucada; ritmo extranjero, aunque no tan ajeno al barrio, dado al afecto que, se dice, el pueblo mexicano le tiene al de Brasil. La improvisada coreografía gira primero conforme a las manecillas del reloj, luego al revés. En ocasiones se pisan unos a otros; las caretas impiden a los disfrazados tener una visión amplia del suelo.

Pero en esta festividad no sólo participan personajes de éxito comercial en el cine y la televisión, también hay cabida para iconos de la historia y la prehistoria; dinosaurios, faraones y caballeros águila hacen su aparición al lado de alebrijes y seres mitológicos como el Minotauro y el Dios Zeus.

La presencia de disfraces y carros alegóricos tan diversos en origen como en gustos, podría representar una tragedia para los más nostálgicos. Sin embargo, este fenómeno es algo tan natural como el crecimiento poblacional y la invasión de calles y casas en esta tierra, alguna vez tan generosa y fértil.

No obstante la metamorfosis que el evento popular pudiera sufrir, la gente del barrio, en su mayoría, se divierte y apoya la celebración del Carnaval. Con su entusiasmo provoca que el festejo perdure a pesar del tiempo. Es un hecho que la gente del barrio no cambiará su visión del evento, aunque haya quienes piensen que las influencias externas atentan contra las tradiciones ancestrales. El vestuario y adornos, la música y el baile son tan libres en su confección e interpretación como libre es el viento que proviene del Huizachtépetl.

Para la gente que habita en los barrios, el presente Carnaval está a punto de pasar a la historia como uno de los más pacíficos, sin importar las críticas que esgriman los tradicionalistas hacia los organizadores del evento. No ha sido necesario alertar a los elementos de la Cruz Roja —verdaderos héroes anónimos, sin máscara ni poderes especiales— que por el día de hoy sólo han atendido a un joven por congestión alcohólica. En cambio, el ministerio público móvil disfruta de lo que se puede llamar “un día de campo”.

En lo que concierne a la *forma* de dar a conocer el evento que nos ocupa, en el presente capítulo se puso en práctica un estilo libre de relatar el hecho conocido y, en su caso, un supuesto —con antecedentes históricos comprobables— de lo que habría ocurrido en los orígenes del Carnaval.

Ahora, en lo referente al *fondo* del acontecimiento, se puede concluir que el ambiente característico al *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa* lo forjan sus propios habitantes. En estos días de gozo difícilmente se detienen a reflexionar sobre el origen y evolución del festejo. Y no es para menos, el evento es sólo una vez al año y se toman la libertad de disfrutarlo al máximo. Cuando la fiesta comienza, los comparseros olvidan sus problemas y el esfuerzo que implica participar en la fiesta. Ellos encausan su energía en ejecutar de la mejor manera sus danzas; las reinas y su corte en mostrar su más amplia sonrisa y la pulcritud de sus atuendos. Por su parte, la autoridad hace su tarea de vigilancia, por un lado, y de promoción de la cultura, por el otro, sin mayores desavenencias con los vecinos del lugar. En los barrios habitan también personas interesadas por la conservación del patrimonio cultural tangible e intangible de Iztapalapa, como es el caso de Emiliano, cuya crítica debería ser escuchada por las autoridades delegacionales y del Gobierno del Distrito Federal.

Hasta aquí hemos sabido del origen, los preparativos y el sentir de la gente del barrio respecto al Carnaval. Observemos ahora el ambiente con curiosidad, escuchando aquellas voces que también piden la palabra.

Capítulo 3. Los extras del Carnaval

Esta pequeña tierra de perfecta tibieza,

Este agrio transcurso de agonías, es,

En puras palabras, la antigua,

La agotada raíz de la ciudad.

(Efraín Huerta. Fragmento del poema *Esta región de ruina*)

Las opiniones se dividen cuando se toca el tema de la cultura popular, entendida como el conjunto de ritos y costumbres en el ser y el quehacer de un pueblo, incluyendo las manifestaciones pagano-religiosas, la comida, el vestido, el idioma, las diversiones y el conocimiento transmitido a las nuevas generaciones. Carlos Monsiváis escribió sobre el tema, refiriendo que la cultura popular de México incluye la lucha diaria por obtener empleo y vivienda, representa —al acre resistencia a la opresión múltiple [...] la manera en que una colectividad asume y asimila, transformándolos en búsqueda de derechos: al trabajo, al humor, a la sexualidad, a la vida cotidiana”.²⁰ Tal vez para los habitantes de los ocho barrios originarios de Iztapalapa no es importante conocer las raíces del Carnaval; sin embargo, al ser partícipes de su realización —como espectadores o ejecutantes— luchan porque éste no desaparezca. La inquietud del investigador social sobre los motivos que el barrio tiene para continuar con la tradición del Carnaval, al parecer no la comparten los habitantes de los ocho barrios originarios de Iztapalapa; ellos tienen ante sí el reto de mejorar los resultados del año anterior, y a esos menesteres dedican sus esfuerzos.

En este capítulo, un amante del danzón, José Luis Mendoza nos manifiesta su inconformidad por el abuso del alcohol en el Carnaval. En consecuencia; un alcohólico en recuperación, —ECharandas”, cuenta parte de sus andares como bebedor; para finalizar, cotidianos personajes incidentales hacen su aparición.

²⁰ *Ibid.*, p. 16.



Niña luciendo botarga de chimpancé.



Ella prefiere un disfraz tradicional

Fuente: Staff de fotógrafos de la delegación Iztapalapa.

3.1. ¿Diversión o evasión?

Para la mayoría de la gente de aquí, sin alcohol no hay diversión.

(José Luis Mendoza, habitante del barrio San Lucas)

Hablar de Iztapalapa en la actualidad remite a quienes desconocen la problemática de la demarcación a juzgar a sus habitantes como delincuentes, marginados y con bajo nivel de desarrollo, por mencionar sólo algunos calificativos. Lejos está —en tiempo y circunstancia— del sitio histórico y de riqueza cultural que fue antaño; con intensa actividad agrícola, por ser el paso obligado de mercancías a través de sus canales hacia el centro de la ciudad.

Habría que entrar en detalles para saber la situación social que guarda cada región de Iztapalapa, ya que no en todos los barrios, pueblos y colonias existe alta criminalidad; tampoco es posible generalizar en cuanto a la falta de servicios públicos. Pero como el motivo del presente trabajo no es aclarar la diversidad

social de Iztapalapa, me avoco a señalar pasajes característicos de la zona centro; es decir, la cabecera delegacional, lugar donde se asientan los ocho barrios originarios.

Un análisis del Instituto Ciudadano de Estudios Sobre la Inseguridad (ICESI), relacionado con la violencia social en la delegación Iztapalapa, señala que a la variable demográfica de ser la demarcación del Distrito Federal más poblada, debe sumarse el hecho de tener más elementos negativos: desde la falta de servicios públicos básicos como el agua, hasta tocar la problemática que representa la inseguridad, que en los últimos 10 años ha asolado a esta delegación²¹.

Una entrevista con José Luis Mendoza, aficionado al baile, —quien por nada del mundo se pierde los domingos de danzón con música viva, en la explanada de la delegación— pone en tela de juicio los motivos que mueven a los habitantes de la cabecera delegacional a participar en los festejos tradicionales. Según él, estas manifestaciones populares no contribuyen a difundir la cultura.

Con 72 años de edad y 51 de casado, don José Luis ha vivido la evolución de los barrios. Nacido en Cuajimalpa, conoció en el barrio San Lucas a la que ahora es su esposa, y desde entonces adoptó a Iztapalapa como su segunda tierra. Toma un descanso después de cuatro piezas sin parar de bailar. Sencillo en su vestimenta y sin perder el estilo, se quita el sombrero y saca del bolsillo un paliacate perfectamente doblado, lo agita y seca el sudor que le escurre por el cuello.

— Para la mayoría de la gente de aquí, sin alcohol no hay diversión —sentencia en tono enérgico—. Mire alrededor, vea cuántos puestos de cerveza hay; cuente los borrachos, a los que se les nota, porque hay algunos que apenas empiezan. El mejor negocio de las fiestas es la venta de bebidas que emborrachan. Venga a

²¹ Tania Ortega, *Iztapalapa: Referentes de identidad social*, Inseguridad, [en línea], [12 de Abril de 2012], Disponible: http://www.icesi.org.mx/documentos/propuestas/iztapalapa_referentes_de_identidad_social.pdf, [consulta: 8 de mayo de 2012].

darse una vuelta en la noche y verá gente tirada por todos lados, que ya no saben ni cómo se llaman. Yo por eso, terminando la tanda de danzones, me voy con mi mujer a la casa y ya no salimos para nada.

Luego andan los chavos por ahí faltándole el respeto a las damas y haciendo desfiguros, ¿usted cree que esto es cultura? Le voy a decir la verdad, yo soy muy bailador, pero no ando tomando valor con el alcohol para salir a divertirme. Mi esposa igual, pero vea nada más (señala a dos hombres que, caminando, se van sosteniendo uno al otro, cada quien con un vaso de cerveza en la mano). Cultura sería que trajeran a su familia a conocer la historia de aquí, del lugar donde viven, que subieran al Cerro de la Estrella a ver las ruinas de la pirámide que está allá arriba, que sepan la historia de las iglesias, de cuándo se construyeron, de las imágenes que tiene cada una, pero no, ellos prefieren embriagarse con el pretexto del Carnaval.

En Semana Santa, como dicen que no hay chamba, salen con los cuates a la calle, a tomar nada más, y se pierden en el alcohol. A mí en el barrio mucha gente no me quiere por lo mismo de que piden cooperación para esto o para aquello. Les pregunto si lo van a usar para lo que dicen o es para comprar el vicio. Y muchos así me van dejando de hablar, pero los que me conocen bien, y hasta los amigos de mis hijos, me respetan porque saben cómo pienso y que no me gusta cooperar para el vicio. Del Carnaval, no pues a mí sí me gustaba antes, y hasta llegué a participar en las cuadrillas bailando, porque entonces no se les llamaba como ahora que les dicen comparsas. Con eso tampoco estoy de acuerdo, para qué le ponen nombres extranjeros a las tradiciones de aquí.

Yo muchos años fui maestro, trabajé en una escuela allá, por donde ahora está la Viga (calzada de La Viga, que alguna vez fue canal); todavía se sembraban legumbres, y la gente bailaba ahí tratando de no pisar lo sembrado. Y en lo que ahora es la Central de Abasto estaban unas chinampas, que ya después los dueños de las parcelas fueron vendiendo no sé si porque no tenían dinero o los engañaron los del gobierno, o sabrá Dios qué pasó, pero ni se volvieron ricos y sí se quedaron con las manos vacías.

Es bonito, yo no digo que no, ver los carros adornados y ver cómo los viejos tratan de hacer que los bailes sigan siendo como antes, con máscaras y música de por acá, y no con bandas que traen ritmos de allá del norte, de Sinaloa o de la frontera, o peor todavía, de otros países. Muchos jóvenes ya de plano no saben ni cómo empezó todo esto de los bailes; ahora meten en el desfile unas figuras de caricaturas, de películas y de cuentos que ni son del país, pero en fin, así se organizan ahora, el gobierno los sigue apoyando y ni modo.

Lo que pudo ser una entrevista con preguntas y respuestas se convirtió en un monólogo que no requirió gran esfuerzo de mi parte; únicamente grabar, anotar y escuchar, imaginar cómo era don José Luis de joven, conquistando a su esposa, enseñando en la escuela y bailando entre las hortalizas, tratando de no pisarlas.

La siguiente pieza sonaba bajo una carpa blanca en la plaza Cuitláhuac. Es el domingo 18 de marzo, la cuarta semana del Carnaval versión 2012. José Luis Mendoza toma de la mano a su esposa y van al centro de la pista, se pierden entre las parejas que gustan del danzón.

¿Habrá alguien que desmienta o reafirme lo dicho por don José Luis?

3.2. Jesús Antonio, —El Carandás”

*Llegó borracho el borracho pidiendo cinco tequilas,
Y le dijo el cantinero se acabaron las bebidas,
Si quieres echarte un trago vámonos a otra cantina.*

(José Alfredo Jiménez. Fragmento de la canción *Llegó borracho el borracho*)

La historia que se presenta a continuación tiene que ver con un personaje típico del barrio (no porque en otro tipo de poblados no se le encuentre). Recurriendo a la asociación de ideas, cuando se menciona la palabra teporocho, briago o borracho, la imagen que viene a la mente es la de una persona tirada en la calle, sucia y descuidada; o bien, tambaleante y con la mirada perdida, quizá buscando pleito con quien se cruce en su camino. En todo caso, para comprender mejor las

características de la persona que padece un consumo crónico de alcohol u otra droga, cito el párrafo de un documento elaborado por el Instituto para la Atención y Prevención de las Adicciones en la Ciudad de México:

—... Cuando se habla de personas severamente adictas se hace referencia a los daños que se manifiestan [...] en la salud física y mental, y en los ámbitos familiar, social y laboral. Generalmente tiene que ver con consumidores crónicos con abuso reiterado de la o las sustancias de elección. Las personas severamente adictas presentan síndrome de abstinencia con mayor intensidad, y requieren apoyo médico especializado...”²²

Enclavado en el corazón del barrio San Pablo, precisamente en el callejón del Toro # 34 se encuentra el local de Alcohólicos Anónimos al que Jesús Antonio Manzano, mejor conocido como —ECharandas”, acude tres veces por semana. Su testimonio sirve de ejemplo a los nuevos reclutas de la sobriedad; en cambio para la vieja guardia del doble “A”, sus palabras revitalizan esa lucha espiritual entre voluntad y flaqueza; batalla que se libra día con día.

A sus 33 años —ECharandas” ha probado casi toda clase de sustancias, ha sufrido y gozado, en fin, vivido, innumerables situaciones. Y aunque podría ocultar su nombre por el anonimato que el grupo de ayuda recomienda guardar, no le preocupa que se enteren de su pasada afición al alcohol y a otras cosas. Según dice, —sno sentí vergüenza por dormir en la calle con una botella de charanda vacía en la mano, para qué ocultar que soy un alcohólico”.

Además, en el afán por conseguir dinero para comprar sus drogas, también estuvo preso por robo. Todo el barrio se enteró; algunos lo repudiaron y condenaron al aislamiento social cuando salió libre; otros, en cambio, lo apoyaron incondicionalmente al ver su férrea voluntad por librarse del alcoholismo y la drogadicción.

Cuenta Jesús Antonio que su primera borrachera fue a los doce años, cuando

²² Instituto Para la Atención y Prevención de las Adicciones en la Ciudad de México, *Grupos vulnerables*, [en línea], Disponible: http://www.iapa.df.gob.mx/wb/iapad/poblaciones_vulnerables. [consulta: 23 de Mayo de 2012].

apenas terminaba el sexto de primaria. Desde entonces ya no paró; primero era en fiestas, a escondidas de sus padres; luego, en la calle, a la vista de todos. Ya podrás imaginar —recuerda— los carnavales y fiestas para honrar al santo de la iglesia eran la excusa perfecta para embriagarse. Cuando no se enfiestaba con sus tíos y primos, era con los amigos de la colonia, tomando en plena calle porque en esas fiestas —pero sobre todo en los carnavales— se tiene la libertad de beber hasta perder el sentido, hasta caer. Los amigos que todavía estaban en condiciones de cargarlo, lo conducían a su casa, pero si se encontraba en un barrio donde no lo reconocían, la gente nada más lo brincaba para no tropezar con su cuerpo inerte.

Así continuó la vida, entre el falso arrepentimiento y juramentos incumplidos en la Iglesia de la Cueva en Iztapalapa, la Basílica de Guadalupe, la Catedral Metropolitana, en fin, —comenta —ECharandas” de manera chusca— las crisis físicas y morales me llevaban a hacer la visita de las siete casas (aludiendo al rito católico de Semana Santa). Luego el semblante le cambia drásticamente cuando viene a su memoria el apoyo que siempre recibió de su mamá y la respuesta que él daba cuando intentaba persuadirlo: —usted déjeme, madre; de algo me tengo que morir”. Tal era la recurrida frase cuando se encontraba en estado de embriaguez, articulando las palabras con dificultad.

La enfermedad de su madre enfrentó a Jesús Antonio consigo mismo; removi6 las piezas necesarias en esa compleja maquinaria espiritual que lo llev6 a dejar alcohol, piedras, pastillas y marihuana; sustancias que se habían vuelto indispensables en su vida. No fue una lucha fácil, quizá fue el miedo a cargar con una culpa vitalicia, debido al quebrando en la salud de su mamá.

Desde su punto de vista, ni las fiestas del barrio ni el Carnaval propician que la gente se embriague o se intoxique; se puede caer en la dependencia a esas sustancias en reuniones familiares, en el trabajo o la escuela, incluso en la soledad de un convento. —Eresto del vicio, la ocasión no hace al ladrón” —ilustra, comparando su caso con el dicho popular— es el ladrón, o sea el drogadicto, quien encuentra en su entorno la ocasión de seguir dañándose, cuando se da

cuenta que su vida está vacía y sin sentido, cuando en vez de solucionar los problemas que lo aquejan, los evade inútilmente.

Así como el clásico teporocho de barrio, hay personajes que sin proponérselo resultan actores principales, en cuanto el escritor les pone el ojo.

3.3. Protagonistas de ocasión

*Recordar a la muchacha que quisimos
Y que fuera nuestro más hermoso amor,
Serenatas con canciones que no olvido,
Como no olvido nunca a mi barrio querido.*
(Homero Aguilar. Fragmento de la canción *Mi barrio*)

Un mosaico de protagonistas del mundo real contrasta con los héroes de fantasía, representados en las botargas que forman las comparsas. Son actores y a la vez testigos de lo cotidiano y forman parte del ambiente que rodea al *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa*. Personajes, construcciones y situaciones saltan al encuentro del observador, en vez de que él vaya a su encuentro. Son elementos que aparecen oportunamente a la luz, y que encarnan el lado humano en estas fiestas. No podían quedar fuera del presente relato porque gracias a ellos es posible tener una idea de la manifestación viva de una cultura. Así, en la búsqueda del testimonio apropiado me encontré con singulares personajes que simplemente pasaban por ahí.

Una monedita pa' l taco

Un joven caminaba con una estopa impregnada de solvente en la mano. De repente cruza frente a mí, cuando apenas salía de la estación del metro Iztapalapa. Era el quinto día de Carnaval. Al negarle —~~na~~ monedita pa' l taco”, regresó al lugar donde estaban sus compañeros, pateó con violencia la botella de vidrio que se cruzó en su camino, misma que fue a despedazarse en la base de una banca de concreto. Mi argumento para negar la moneda fue que apenas

contaba yo con lo suficiente para transportarme de regreso a casa, y era verdad. Apresuro discretamente mis pasos; no vaya a ser que, estimulado por el *activo*, regrese a reclamar por no haber cooperado para la causa. Doy un último vistazo antes de dar vuelta a la esquina. El muchacho de unos catorce o quince años se deja caer junto a otros dos, tal vez en las mismas condiciones que él: mirada perdida, piel ennegrecida y pegada al hueso, ropa desgarrada y manchada de grasa y tierra. Tal vez si le hubiera dado las escasas monedas que yo traía, el joven habría completado para comprar un taco, aunque yo hubiera vuelto a casa caminando, pero no, no lo hice. Luego pensé, –el más seguro es que vaya en busca de una tlapalería, antes que de una fonda o una taquería”.

La Gloria

Sobre la calle Hidalgo esquina Morelos se encuentra una de las últimas pulquerías que existen en la localidad, La Gloria. Ella exhibe en un letrero escrito a mano más de veinte sabores de curados. Un detalle llamó mi atención, había muy pocos parroquianos, debido, quizá, a que en el establecimiento —con pantalla plana de alta definición— se ha perdido la intimidad entre el consumidor y la llamada –agua de las verdes matas”; las cuatro cortinas de hierro enrolladas en su totalidad dejaban entrar a plenitud la luz del sol, así como la mirada indiscreta de la gente que se dirige al Carnaval. Si el establecimiento pudiera hablar seguramente pediría para sí una sola puerta, de esas que le colocaban a las antiguas cantinas, de las que regresan al empujar. Una puerta sin picaporte, ideal para aquellos bebedores que, después de unas cuantas copas, ya no coordinan el movimiento de sus manos, ni de sus pies; beodos que no necesitan abrir y cerrar, sólo empujar. Esa puerta con resorte en las bisagras, que casi siempre está cerrada, cumple además con un propósito fundamental: permitir la comunión entre el bebedor y la también llamada –sangre de Cristo”, el pulque.

Hijo adoptivo

No se puede ocultar que, ante las dificultades económicas, en los ocho barrios de Iztapalapa y sus alrededores la mayoría de la gente busca la manera de allegarse

unos pesos más. Con una población dedicada en buena parte al comercio informal, los vendedores aprovechan la aglomeración que hay en fiestas patronales, marchas, bloqueos, horas pico a las entradas del metro y, en general, cualquier evento masivo al aire libre, para activar sus ventas. Otras personas se emplean en negocios locales como el mercado delegacional, farmacias, tiendas de abarrotes y de autoservicio. Pero hay casos de individuos como —ECabras”, checador de la ruta 14 de microbuses (va de Santa Martha al metro Portales). Pasa más de doce horas diarias frente a la parroquia consagrada a San Lucas Evangelista, en el corazón del Centro Histórico de Iztapalapa. Hijo adoptivo del barrio, se jacta de conocer las festividades que durante todo el año se realizan en el lugar, incluido el Carnaval. —ECabras” fue *bautizado* así por los choferes de la ruta. Orgulloso de su apodo, dice que éste se debe a la forma de trepar y bajar los microbuses en marcha a la hora de cobrar el checado o pase de lista. Asegura que el festejo aquí es el más tranquilo. Ha estado en todos los pueblos de Iztapalapa donde se hacen carnavales y es testigo de que en zonas como Santa Martha Acatitla hay más pleitos, a pesar de que las patrullas pasan constantemente. Amable colaborador de este relato, me dice, antes de correr tras el microbús que ya se va: —Yo vivo por allá, pero cuando es el cierre y hay lana me traigo a la familia para que se divierta un rato en el de aquí”.

Forasteros

También hay gente que no es de los barrios del centro, o por lo menos ya no vive en ninguno de ellos, pero siente y disfruta apasionadamente los ruidosos festejos populares. Son forasteros de ocasión. Se distinguen porque llegan y se van en transporte público, ya sea trolebús, metro o microbús, cargando consigo agua y alimentos. Algunos de ellos asisten disfrazados o transforman en figurillas a sus niños y, mezclándose entre el público, avivan el ambiente de fiesta. Un pequeño, disfrazado de Tortuga Ninja, viaja sobre los hombros de su papá. Éste, sin darse cuenta que el niño cabecea de sueño, le pregunta si logra ver el desfile de carros alegóricos, —¿alcanzas a ver? Te estoy hablando”. El pequeño de unos tres años balbucea y cierra los ojos. Al no obtener respuesta, lo desmonta de sus hombros

y, decepcionado, lo entrega a su esposa. —~~É~~Étenmelo, voy a la esquina a tomar unas fotos para que después las vea”. A veces, los padres disfrutaban más que los niños en estas fiestas. La *tortuguita* duerme, ya sin máscara de héroe, en los brazos de su madre, en una banca metálica de la plaza Cuitláhuac.

Ambulantes

Aparecen como hongos después de la lluvia; vienen de lejos pero también hay vecinos del barrio. Son los vendedores ambulantes (los abuelos los llamaban merolicos). En su negocio móvil cargan cacahuates y frituras de harina o también elotes, paletas y helados, tacos de canasta, vasos con fruta picada, pizzas o hamburguesas. No hay límite en la variedad de antojitos que estos mercaderes modernos transportan, para deleite del público asistente. Los paseantes ya saben a qué atenerse si consumen las succulentas botanas ofertadas en la calle; todo depende qué tan curtida esté la panza. No todo es alimento; también hay vendimia de antifaces de plástico y cartón, huevos rellenos de harina y confeti, serpentinas, lentes oscuros, trompetas y sombreros desechables, diademas y pulseras con el nombre bordado a mano. Aparte de los artículos de Carnaval, también hay relojes, fundas para teléfono celular, discos *pirata* de música, juegos y películas. Como en toda aglomeración se vende hasta lo inimaginable; retratos hechos al momento, libros de chistes, de cocina, de astrología, de nombres para el recién nacido, de interpretación de los sueños, etcétera. La imaginación para el que ofrece no conoce límites. Son magos del calendario; hacen su agosto en plena Cuaresma.

Callejeros

Perros de la calle van por los caminos del centro de Iztapalapa. Resulta difícil de creer, pero cruzan en grupo los puentes peatonales, y lo hacen bien; van de uno a otro lado de la calzada Ermita Iztapalapa. Se puede pensar que nada tienen que ver con el Carnaval, pero en estos días son parte de la postal. Ahí van esquivando gente que baila, gente tocando instrumentos, gente con disfraz de gato, de pájaro, de oso, y hasta del mismo perro. Extrañados, ven gente con máscara, gente que maneja coloridos y ruidosos carros, gente que pasea, que mira y aplaude. Cuando

pasa un caballo de verdad, algunos de estos perros ladran. El buen jinete calma al equino sin mayor dificultad. Gente y perros son, al fin, parte del Carnaval. Sus oídos finos perciben con mayor intensidad el estruendo de los cohetones al paso de las comparsas. Parece que al ruido se han acostumbrado. Son tan fieles que soportan todo lo que el hombre hace, incluso en contra de su perruna naturaleza. Posiblemente algunos de estos canes en días de fiesta se ocultan, allá en las grietas del Huizachtépetl, allá en los límites del centro, donde el ruido estresante se vuelve ligero.

La primera vez que acudí a observar el desarrollo de la fiesta del Carnaval en el Centro Histórico de Iztapalapa, me dio la impresión de que faltaría agudeza a mis sentidos para captar todo el ambiente alrededor. Entonces me relajé y traté de captar aquellos detalles aparentemente insignificantes para la realización del presente relato. El escenario estaba ahí, listo para que los personajes secundarios hicieran su aparición. Y es que a veces se pretende mirar el bosque en su totalidad para capturar el paisaje, sin darnos cuenta que la pequeña rama, el ave que posa sobre ella, el aroma del pino, el frío, el calor, el viento, el polvo, el olor propio y también el ajeno, pueden ser partícipes de la historia contada. Así ocurrió con el grupo de perros, el joven drogadicto, la pulquería de enfrente, la gente que camina despreocupada sin saber que se le observa; en fin, todo aquello que tomé del ambiente sin permiso. Todo sea por una buena causa; al menos en propósito.



Reina de comparsa sobre carro alegórico.

Fuente: Staff de fotógrafos de la delegación Iztapalapa.



Comparsa tradicional; sólo hombres.

Fuente: Alberto López Jiménez.

Conclusiones

A lo largo de estos tres capítulos hemos sido testigos de una de las manifestaciones de la cultura popular más arraigadas entre la gente que hoy habita en los ocho barrios originarios de Iztapalapa. Los elementos que hacen suponer un origen prehispánico del Carnaval invitan a conocer más acerca de las costumbres de este pueblo legendario, más allá de los prejuicios que hoy en día provoca la sola mención de su nombre.

En la organización de todo evento tradicional que se celebra en Iztapalapa va de por medio la pasión, trátase de un ritual religioso o netamente festivo, como lo es el Carnaval. Y aunque los habitantes del lugar no siempre están de acuerdo en la forma que algunos tienen de festejar, ya sea por los excesos en el consumo de bebidas embriagantes o por el desenfreno con el que se conducen, se puede decir que, en general, reconocen en este ritual festivo algo que les da identidad y, por lo tanto, hacen su mejor esfuerzo por conservarlo.

Los testimonios recogidos en el lugar y la observación del ambiente que rodea al evento dan cuenta de una transformación constante del Carnaval y sus componentes. Si nos remontamos a la época prehispánica —cuando los habitantes de lo que hoy es el valle de México, realizaban rituales dedicados a sus dioses— y tratamos de hacer una comparación con lo que ocurre en la actualidad, hallaremos poca semejanza. Aún si nos ubicamos históricamente en la época de la Colonia se observan escasos elementos relacionados. Sin embargo, es la suerte que corre todo fenómeno cultural, se nutre de influencias externas, pero las raíces siguen siendo las mismas; la profundidad a la que se encuentran nos impide tener una mayor certeza sobre su origen.

Lo más importante para la mayoría de quienes habitan en los barrios originarios de Iztapalapa sigue siendo la sobrevivencia de sus costumbres, aunque para lograrlo haya que recurrir a modas de otras regiones del país o incluso del extranjero. Para otros, en cambio, lo principal es conservar los elementos que se consideran originarios, sin importar que debido a su tradicionalismo, el evento sea poco

atractivo para las nuevas generaciones.

Los más viejos han cumplido con la tarea de transmitir a los jóvenes los recuerdos de viejos carnavales, pero ante la velocidad en la transmisión de los mensajes que la tecnología impone, la tradición de contar los acontecimientos por la vía del recuerdo; es decir, de boca en boca, representa para los más jóvenes un sistema poco efectivo.

Las tradiciones se ven también amenazadas debido a la falta de espacios comunes para la convivencia. Aquellos sitios que nuestros antepasados utilizaban para educar en la guerra, en la religión y en la transmisión de conocimientos o de simples experiencias de vida, son escasos o nulos. Los parques y plazas de hoy son ocupados, en su mayoría, por jóvenes que, si bien practican algún deporte o actividad recreativa, han perdido el interés por conocer su propia historia. Es el caso de los barrios de Iztapalapa, pero también lo es el de numerosas comunidades antiguas en la Ciudad de México y del país.

Las adicciones, la inactividad y la delincuencia, de los cuales se mostraron algunos ejemplos, son males incrustados en nuestra sociedad, siendo los jóvenes de barrios y colonias marginadas los primeros afectados. Dichos aspectos nocivos son producto de una forma de organización social que los despoja de oportunidades reales para desarrollarse plenamente. Lo anterior conduce al común de los jóvenes a una apatía crónica y al desinterés por todo aquello que no satisfaga sus necesidades en la inmediatez.

Es aquí donde se vuelve importante la participación de las autoridades delegacionales y a nivel del Distrito Federal. El aporte económico y de organización para realizar el *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa* resulta, para un sector de la comunidad, una especie de intromisión burocrática en los asuntos que competen al barrio. En cambio, para otros significa la oportunidad de revitalizar una tradición que, sin apoyo del gobierno, estaría prácticamente en el olvido. Nadie, según testimonios, ha mostrado oposición a la inclusión de las autoridades en la organización del Carnaval, aunque esto le otorgue un sentido

oficial al evento.

Como ya se vio en los testimonios presentados, el Carnaval en la actualidad es un *collage* de modas, ritmos, personajes y costumbres locales, regionales, nacionales e incluso del transnacionales. Los habitantes de los barrios, en su afán por captar la atención de propios y extraños, adoptan como suyas imágenes de otras culturas, dejando en segundo lugar la preservación del vestido, la inclusión de piezas tradicionales para los bailes y la caracterización de los comparseros de antaño.

Otro enemigo a vencer en la conservación de las tradiciones barriales es el acoso de la mancha urbana sobre su hábitat originario; los ejes viales y avenidas que circundan los ocho barrios se han ido apoderando de la localidad, en respuesta a las necesidades de sus habitantes, quienes demandan más transporte y mayor velocidad en el tránsito de vehículos, lo cual hace ver a estos festejos como un obstáculo para quienes sólo van de paso por el centro de Iztapalapa.

A pesar de múltiples inconvenientes, los habitantes del barrio están dispuestos a continuar con la tradición. Así lo percibe quien viene de fuera. Es notorio el esmero puesto en la planeación del Carnaval; sobre todo por parte de aquellos encargados de reunir los fondos que se usarán en la compra de materiales indispensables para la fiesta: cohetes, arreglos florales artificiales y naturales, contratación de músicos y la confección del vestuario que usarán comparseros, reinas y espontáneos.

El Carnaval de Iztapalapa es poco conocido en la Ciudad de México y pasa prácticamente inadvertido para el resto del país, comparado con otros eventos como el de Mazatlán, Veracruz y Campeche, por mencionar algunos. Es, sin embargo, un ejemplo de la batalla que se libra año con año por preservar un festejo que si bien no tiene un origen bien definido en la historia, contiene elementos que podrían situarlo en la época prehispánica o en la Colonia. Tan sólo por esa razón, *El Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa* debería difundirse con mayor empeño, por lo menos, a nivel de la ciudad.

Esta tesina puede ser la base de un trabajo futuro más profundo, el cual dé

seguimiento a la forma en que el lector capta y reacciona ante el mensaje difundido por quien o quienes tienen interés en dar a conocer una manifestación de la cultura como lo es el *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa*.



La moda en disfraces se apodera de las comparsas.

Fuente: Staff de fotógrafos de la delegación Iztapalapa.



Vestimenta tradicional del Carnaval.

Fuente: Staff de fotógrafos de la delegación Iztapalapa.

Fuentes

Bibliográficas

Dallal, Alberto. *Lenguajes periodísticos*, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 2003, 215 pp.

Eco, Umberto. *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura*. Gedisa. México, 2001, 233 pp.

Goode, William J. *Métodos de Investigación Social*, Trillas. México, 2008, 483 pp.

Medina, Andrés. —“Pueblos antiguos, ciudad diversa. Una definición etnográfica de los pueblos originarios de la Ciudad de México”, en *Anales de Antropología*, Vol. 41, No. 2, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 2007, 50 pp.

Mora, Teresa (Coord.). *Los pueblos originarios de la Ciudad de México. Atlas etnográfico*. INAH-GDF, México, 2007, 295 pp.

Oehmichen, Cristina (et. al.). *Iztapalapa: ritual, cultura y cambio social*, vol. IV, núm. 14, 1992, 202 pp.

Paz, Octavio. —“Todos santos, día de muertos”, en *El laberinto de la soledad*, 2ª ed., México, FCE, 1996, 514 pp.

Robles, Francisca. *El relato periodístico testimonial: perspectivas para su análisis*, tesis de doctorado, UNAM-FCPyS, México, 2006, 192 pp.

—————. *La entrevista periodística como relato. Una secuencia de evocaciones*, tesis de maestría. UNAM-FCPyS. México 1998, 184pp.

Romero, Lourdes. *La realidad construida en el periodismo. Reflexiones teóricas*, Porrúa, México, 2006, 203 pp.

Rosales, Susana (et. al.) *¡Que no te lleve el diablo, ponte la máscara! Las comparsas de los Ocho Barrios del pueblo de Iztapalapa*, Delegación Iztapalapa, México, 2010, 32 pp.

Rosas, Calixto. —“Santa Martha Acatitla: días de flor”, en *Iztapalapa en mi corazón*, UAM-I, México, 2001, 182 pp.

Viqueira, Juan Pedro *¿Relajados o reprimidos? Diversiones Públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*, FCE, México, 1987, 302 pp.

Internet

- Beatriz Ramírez, *El carnaval en Iztapalapa*, [en línea], (Febrero 2010), Disponible: <http://ciudadanosenred.com.mx/articulos/el-carnaval-en-iztapalapa>, [consulta 12 de abril de 2012].

- Carlos Monsiváis, —*Notas sobre el Estado, la cultura nacional y las culturas populares en México*”, [en línea], México, Era, octubre-diciembre de 1981, Disponible: <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.30/30.4.CarlosMonsivais.pdf>, [consulta: 7 de mayo de 2012].

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía, —*X Censo General de Población y Vivienda*”, [en línea], Disponible: <http://www.inegi.org.mx/sistemas/consulta—resultados/iter2000.aspx?c=27437&s=est>, [consulta: 15 de abril de 2012].

- Instituto Para la Atención y Prevención de las Adicciones en la Ciudad de México, *Grupos vulnerables*, [en línea], Disponible: <http://www.iapa.df.gob.mx/wb/iapad/poblaciones—vulnerables>, [consulta: 23 de Mayo de 2012].

- Luis Antonio Gómez G., —*Los instrumentos musicales prehispánicos*”, [en línea], Disponible: <http://www.arqueomex.com/S2N3nInstrumento94.html>, [consulta: 3 de mayo de 2012].

- Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 22^a ed. [en línea], (2001), Disponible: <http://www.rae.es/rae.html>, [consulta: 12 de abril de 2012].

- S/autor, Sala de Prensa, —*Ómparsas de los ocho barrios en el carnaval de Iztapalapa*”, [en línea], Boletín 067-12, (Febrero 2012), Disponible: <http://www.cultura.df.gob.mx/index.php/sala-de-prensa/boletines/6207-067-12>, [consulta: 7 de Abril de 2012].

- S/autor, —*Significado de Iztapalapa*”, [en línea], Disponible: <http://www.iztapalapa.gob.mx/htm/0101020000—2005.html>, [consulta: 2 de mayo de 2012].

- Tania Ortega, *Iztapalapa: Referentes de identidad social*, [en línea], [12 de Abril de 2012], Disponible: <http://www.icesi.org.mx/documentos/propuestas/iztapalapa—referentes—de—identidad—social.pdf>, [consulta: 8 de mayo de 2012].

Entrevistas

- Beatriz Ramírez, cronista de Iztapalapa, responsable del Archivo Histórico de Iztapalapa.
- Daniela Ortiz (Daniela Primera), reina de la comparsa *Santa Bárbara*, barrio del mismo nombre.
- —El Calas”, checador de la ruta 14 de microbuses.
- Emiliano Herrera, vecino de Iztapalapa.
- Javier Herrera, colaborador en la Oficina de Prensa de la delegación Iztapalapa.
- Jesús Antonio, (—El Charandas”), alcohólico en recuperación, habitante del barrio San Pablo.
- José Luis Mendoza, aficionado al danzón, avecindado en el barrio San Lucas.
- José Tenorio, representante de la fallida comparsa *Auténtica de la Asunción*, del barrio del barrio La Asunción.
- Peche Hernández, confeccionista, propietaria de un taller de disfraces en el centro de Iztapalapa.
- Rubén Benítez, integrante de la comparsa *Callejón 57*, perteneciente al barrio San Pedro.
- Zeferino Cisneros, presidente de la Asociación de Comparsas del *Carnaval de los Ocho Barrios de Iztapalapa*.

Anexo I

PROGRAMACIÓN DE LOS CARNAVALES DE IZTAPALAPA EN 2012

	CARNAVAL	DURACIÓN	CIERRE
1	Santa Martha Acatitla	17 al 20 de febrero	25 de marzo
2	Santa María Aztahuacán	19 y 20 de febrero y 25 al 27 de febrero	25 de marzo
3	Los Reyes Culhuacán	8 de marzo al 4 de abril	4 de abril
4	San Lorenzo Tezonco	11, 15, 18, 22 y 25 de marzo y 29 de abril	29 de abril
5	Ocho Barrios de Iztapalapa	26 de febrero al 19 de marzo	25 de marzo
6	Santa Cruz Meyehualco	3 al 5 de marzo	4 de marzo
7	San Andrés Tetepilco	17 y 18 de marzo; 29 de abril; 6 y 13 de mayo	29 de abril
8	San Andrés Tomatlán	11, 18 y 25 de marzo: comparsa <i>Las Locas</i> ----- 29 de abril y 6 de mayo: comparsa <i>Fuente de San Andrés</i>	25 de marzo ----- 13 de mayo
9	Santa María Tomatlán	11, 18 y 25 de marzo	25 de marzo
10	San Sebastián Tecoloxtitla	9 al 12 de marzo	12 de marzo
11	Santiago Acahualtepec	17 al 19 de marzo	18 de marzo

Nota: En algunos carnavales la fecha de cierre no implica el fin de la fiesta.

Fuente: Archivo Histórico de Iztapalapa.

Anexo II

COMPARSAS DE LOS OCHO BARRIOS 2012 (CENTRO HISTÓRICO DE IZTAPALAPA)

	BARRIO	COMPARSAS	REPRESENTANTE
1	San Pablo	La Llave Belisario Domínguez	Norberto Álvarez Pablo Salazar
2	La Asunción	Cuauhtémoc y Mariano Escobedo La Asunción Rinconada Aztecas Palacio	Pablo Arreola Crescencio Pedrero José Reyes Agustín Morales
3	San Ignacio	Rinconada San Ignacio San Ignacio Pachicalco Callejón San Ignacio General Anaya	José Sabas Orozco Enrique Celestino Alejandro Casas Aarón Cedillo
4	San Lucas	Libertad Callejón Victoria	David Limón Javier Suárez
5	San Miguel	Noche Buena Hidalgo José Guadalupe Gómez	Zeferino Cisneros Isabel Neria María Elena Guzmán
6	Santa Bárbara	Santa Bárbara Andador 13 y Toltecas Cerrada de la Cruz	David Guillén Damián Gómez Julián Morales
7	San José	San José	Luis Ubaldo Rodríguez
8	San Pedro	Callejón 57	Juan Carlos Jiménez

Fuente: Archivo Histórico de Iztapalapa.